



# Mi vida contigo

*Andrea Muñoz Majarrez*

Mi vida contigo  
ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2020 Andrea Muñoz Majarrez  
Ilustración: © 2020 Álvaro García Bilbao  
Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-65-182165-8  
ISBN-13: 978-1-65-182165-7  
Sello: Independently published.

A Álvaro.  
A mi madre, a mi abuela.  
A mi familia y amigos.

# Prólogo

*Madrid, 2005*

La discoteca Kapital estaba llena a esas horas de la noche. La gente bailaba en la pista principal al ritmo de la música, que un conocido DJ estaba pinchando. Otros estaban sentados cerca de la barra, o en alguno de los sofás que había desperdigados por la sala, hablándose al oído, porque el sonido de la música era atronador e impedía conversar con normalidad.

Almudena, una chica de dieciocho años, había ido a la discoteca esa noche acompañada de su mejor amiga Gemma, que, en ese momento, estaba en la pista de baile con un chico.

Desde donde estaba, de pie, cerca de la barra, podía ver a un chico muy guapo, con el pelo moreno corto, que estaba hablando con un grupo de amigos.

No era la primera vez que lo veía. Solía ir con Gemma a Kapital casi todos los fines de semana, y ya le había visto varias veces. Aquel chico la tenía completamente hechizada. Su sonrisa perfecta, su cuerpo de infarto y su forma de moverse en la pista hacían que el corazón de Almudena latiera a toda velocidad. Sin embargo, no se atrevía a acercarse a él, porque sus complejos e inseguridades se lo impedían.

Su metro sesenta, su cuerpo delgado, sus pechos pequeños, y su melena castaña lacia sin volumen, no eran elementos que llamaran la atención de aquel chico, al que siempre veía acompañado de mujeres despampanantes.

Lo único que le gustaba a Almudena de su físico eran sus ojos azules y su nariz respingona. Pero nadie se fijaba en eso. Bueno, en realidad, no destacaba nunca en nada. Solía pasar desapercibida, a pesar de ser una persona inteligente, simpática y agradable, que siempre era cariñosa con aquellos a los que apreciaba.

Ahí seguía Almudena, observando a ese chico desde la distancia, sin atreverse a dar un paso, cuando llegó su amiga Gemma:

—¿Qué? ¿Ya te has decidido?

Almudena miró a su amiga, pero agachó la mirada enseguida.

—No, mejor me quedo aquí, que se está muy bien.

Ante aquella respuesta, Gemma puso los ojos en blanco.

—Bueno, se acabó. Voy a poner fin a esta tortura.

A continuación, agarró del brazo a Almudena, y la arrastró hasta donde estaba el chico charlando con sus amigos. Almudena no sabía dónde meterse, e intentó liberarse, sin éxito. De repente, se encontró de pie, delante de él; alzó la vista, y contempló su atractivo rostro.

—Disculpa, ¿querías algo? —le preguntó, observándola con curiosidad.

Almudena se quedó sin palabras, paralizada por el miedo. Entonces, Gemma decidió intervenir.

—Mi amiga Almudena quiere saber si querrías bailar con ella.

Almudena miró a Gemma, alarmada, y esta le guiñó un ojo. Al oír eso, el chico soltó una carcajada, y negó con la cabeza.

—Lo siento, no bailo con feas—respondió.

A continuación, se dio media vuelta y retomó la conversación con sus amigos, ignorándola por completo. En ese instante, Almudena sintió un dolor intenso en el centro de su corazón.

—¡Será imbécil! Lo siento, nena. No te pongas triste, es un cretino—le dijo su amiga, intentando animarla.

Almudena sacudió la cabeza, y salió corriendo en dirección al guardarropa. Quería marcharse de la discoteca cuanto antes. Corrió con la vista nublada por las lágrimas, y no pudo intuir lo que estaba a punto de suceder.

De repente, chocó con alguien, y cayó al suelo. Notó un poco de dolor en el trasero y las manos, y trató de levantarse, aunque enseguida alguien acudió en su ayuda.

—Perdona, ¿estás bien? —le preguntó el chico con el que había chocado.

Ella asintió.

—Espera, deja que te ayude—le dijo él, agarrándola del brazo, y ayudándola a incorporarse.

Almudena se puso de pie, y entonces, ambos se miraron. El chico que tenía delante era alto, con el pelo rubio oscuro un poco largo, y los ojos verdes. Llevaba una camisa negra ajustada que marcaba su esbelta figura y unos pantalones oscuros de vestir. El joven le dedicó una amable sonrisa, que hizo que Almudena se sintiera mejor.

—Muchas gracias, estoy bien—respondió Almudena con timidez.

—Me alegra. Y siento haberme chocado contigo.

—No, perdóname tú a mí, ha sido culpa mía. No iba mirando por donde iba. Gracias otra vez. Adiós—se despidió, marchándose hacia el guardarropa.

Ninguno de los dos echó la vista atrás. Almudena se fue a su casa con Gemma, y el chico rubio se reunió con sus amigos en la pista de baile.

Dos días más tarde, Almudena fue a buscar al colegio a su hermano Daniel, de nueve años, como hacía todos los días después de salir del instituto. Le esperó a la salida, y su hermano, al verla, corrió hacia ella con una sonrisa en la cara.

—¡Almu! —gritó con alegría.

Se abrazaron, y Almudena le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo ha ido el cole hoy?

—Bien. Hoy tengo pocos deberes. Por cierto, quiero presentarte a un amigo.

Almudena sonrió al ver el entusiasmo de su hermano.

—Vale, preséntamelo.

—Espera.

Daniel salió corriendo, y volvió con su nuevo amigo, que iba acompañado de otro chico más mayor.

—Almu, este es Manuel, es un nuevo compi de clase—explicó Daniel.

—Encantada, Manuel—dijo ella.

—Y este es su hermano mayor, Raúl—añadió Daniel.

Almudena alzó la vista, y se encontró con la mirada oscura e intensa de Raúl. Era un joven alto, con el pelo castaño corto, y con un porte realmente atractivo. Este le dedicó una sonrisa cautivadora, y Almudena no pudo evitar que le ardieran las mejillas ante la intensidad de su mirada.

—Encantado—dijo él, acercándose y dándole dos besos.

A partir de ese momento, la vida de Almudena daría un giro.

# Capítulo 1

*Madrid, doce años después...*

Las gotas de lluvia golpean los cristales de las ventanas con fuerza. Lo que prometía ser un agradable día en el campo, se había estropeado por culpa del mal tiempo.

Almudena abre los ojos lentamente, y enseguida se percata de lo que ocurre. Suspira, pesarosa. Aunque no se siente triste, porque unos cálidos brazos la rodean.

Gira la cabeza, y sonríe al ver a su novio, que aún duerme. Su pelo rubio oscuro revuelto le da un aire travieso que a Almudena le encanta.

De repente, él abre los ojos, y descubre su bonito color verde. A continuación, dibuja una sonrisa ladeada.

—Buenos días—la saluda, todavía un poco adormilado.

—Buenos días—responde Almudena con una sonrisa.

Él se acerca y le da un tierno beso. Aunque es breve, a Almudena le encanta sentir la suavidad de sus labios.

—¿Está lloviendo? —pregunta él, torciendo el gesto al mirar hacia la ventana.

—Sí. Me temo que no podremos hacer el picnic.

Él suspira.

—Bueno, no pasa nada. Podemos quedarnos en casa haciendo un maratón de películas.

Almudena sonríe de nuevo.

—Esa idea me gusta. ¿Qué tal la saga Harry Potter?

Él abre mucho los ojos, simulando sorpresa.

—¿Sabes leer la mente?

—A ti, sí.

Los dos se ríen, y vuelven a besarse, esta vez con más intensidad. Él introduce su lengua en su boca y juguetea con ella. Empieza a acariciar su rostro, y después, desliza su mano por debajo de su camiseta hasta cubrir uno de sus pechos. Almudena siente un cosquilleo en el estómago, mientras acaricia la barba de dos días de la cara de su novio. Siente la calidez de su tacto sobre su piel, y eso la hace enloquecer. Le encanta perderse en él.

Suena el despertador de forma atronadora, y Almudena saca rápidamente su mano de debajo del edredón para detener ese sonido infernal. Abre los ojos, y pone gesto de fastidio. Está en su antigua habitación, en casa de su padre, durmiendo sola. Lleva dos meses viviendo en la casa familiar, después de años de independencia.

Su vida ya no era la misma desde que la echaron de su último trabajo. Estudió hostelería, y después entró a trabajar en un restaurante. Empezó como camarera, hasta que, con dedicación y esfuerzo, consiguió el puesto de jefa de sala.

Gracias a ese trabajo, en el que tenía que dejar su timidez crónica a un lado, superó sus inseguridades.

Le gustaba saber que, gracias a su labor, los clientes se marchaban felices y decidían repetir la experiencia. Era gratificante, y eso la ayudó a ganar confianza en sí misma. Su trabajo le encantaba y era feliz.

Sin embargo, hace un año, debido a problemas económicos, el restaurante cerró y Almudena se

quedó sin empleo. A pesar de buscar intensamente, todavía no había conseguido nada.

Por si esto fuera poco, las cosas con Raúl, su novio, fueron a peor. Vivían juntos desde hacía tres años, compartiendo un piso de alquiler, y estaban planeando comprar una casa. Él tenía un sueldo fijo de funcionario, y no tenía problemas. Pero a raíz del despido de Almudena, todo cambió.

Raúl se volvió más arisco, y perdió la paciencia ante la complicada situación de Almudena. En vez de apoyarla, lo único que hacía era criticarla sin piedad.

La situación se estaba volviendo insostenible, y finalmente, Raúl decidió confesarle la verdad: Llevaba tiempo viéndose con otra, y quería romper.

Para Almudena fue un revés demoledor, y tras esto, decidió coger sus cosas, y volver a casa de su padre. Desde entonces, todo había ido cuesta abajo.

Cuando empezó a salir con Raúl, poco a poco, perdió el contacto con su mejor amiga Gemma. No solo porque sus respectivas vidas las llevaron por derroteros distintos, sino porque Raúl la metió de lleno en su círculo de amistades. A pesar de que los amigos de Raúl le habían hecho sentir como una más, y ella pensaba que nada cambiaría; tras romper con él, como era lógico, la dieron de lado. En ese momento, Almudena se dio cuenta de que no tenía amigos, y de que estaba realmente sola.

No obstante, esto no era del todo cierto. Su padre y su hermano la acogieron con los brazos abiertos, y se han convertido en su único apoyo. Los tres viven en la casa familiar. Ahora Daniel es un estudiante universitario a punto de terminar la carrera de Biblioteconomía, y está preparándose unas oposiciones.

Su padre, Ernesto, un informático de cincuenta y cinco años, quedó viudo de la madre de Almudena cuando esta era muy pequeña. Años después, se casó con la madre de Daniel. Cuando este era muy pequeño, decidió que eso de ser madre no le gustaba, y los abandonó. A partir de entonces, Ernesto se hizo cargo de sus hijos con la única ayuda de sus padres, Jacinto y Esperanza.

A pesar de que la vida no le ha puesto las cosas fáciles a esta familia, ellos siempre han luchado contra viento y marea. Sin embargo, hoy Almudena no se siente con fuerzas para levantarse; demasiados golpes en tan poco tiempo.

Suspira con resignación, y decide salir de la cama. Como cada mañana, su padre ya está sentado a la mesa, con el desayuno preparado. Aparta la vista del periódico, y la mira tras sus gafas de pasta con una sonrisa.

—Buenos días, cariño.

Ella sonríe, se acerca y le da un beso en la mejilla.

—Buenos días, papá.

Almudena se sienta, mientras su padre le sirve una taza de café. Entonces, mira alrededor.

—¿Dónde está Dani?

—Se ha ido temprano, hoy tenía clase a primera hora. ¿Qué tal has dormido?

—Bien. ¿Y tú?

—Poco, ya lo sabes. Me dormí a las tantas leyendo la última novela de Jon Serra. Esa que me regalaste.

Almudena toma un sorbo de su taza de café.

—Ya lo imagino. Ese autor te encanta.

—¿Y qué planes tienes para hoy?

Almudena se encoje de hombros.

—Seguir buscando trabajo. Hoy voy a ir a Malasaña, a ver si necesitan a alguien en alguno de los bares que hay allí.



—Muy bien, cariño. Por cierto, he dejado comida preparada para comer y para cenar. Hoy volveré tarde, que esta noche hay cena con el director.

—No te preocupes, papá. Nos apañamos.

—¿Sabes? Hoy tengo el presentimiento de que va a ser un buen día.

—Eso espero, a ver si tengo suerte.

—La tendrás. Lo bueno se hace esperar—asevera, Ernesto.

Una hora más tarde, Almudena sale de casa, y se mete en el metro, rumbo a Malasaña. Al vivir en Quintana, el trayecto es un poco largo, y durante ese rato, Almudena recuerda ese sueño tan extraño que ha tenido esa noche. Un chico rubio, con el pelo revuelto y una mirada de ensueño.

Parecía un modelo o un actor, aunque no sabía dónde lo había visto antes. Lo más raro del asunto es que, en el sueño, él era su novio. Pero ¿cómo era eso posible? No conocía a ese hombre de nada, y había aparecido nítidamente en su mente. Además, todavía podía sentir la calidez de su abrazo y de sus besos. Aquello no tenía sentido.

De repente, escucha por megafonía el nombre de la estación en la que tiene que bajarse, y esto hace que salga de su ensimismamiento. Sale del tren, con su carpeta llena de currículums, y comienza su búsqueda de empleo.

Pasa toda la mañana recorriendo bares, cafeterías y restaurantes, pero en todos recibe la misma respuesta negativa. Parece que hoy no habría suerte. En vez de regresar a casa, decide pasear por la ciudad, con la esperanza de encontrar más sitios donde poder dejar su currículum. Sin embargo, a medida que recibe más respuestas negativas, se siente con menos fuerzas para seguir intentándolo.

De repente, observa unas tímidas gotas de lluvia en el suelo, que dan paso a un fuerte torrente de agua. La calle, que estaba llena de gente, se queda desierta cuando todo el mundo empieza a buscar refugio en soportales y locales. No obstante, Almudena sigue caminando.

La lluvia cae sobre ella, empapándola, pero parece no importarle. No siente ni frío ni calor, solo una enorme sensación de derrota, que la lleva acompañando meses.

Caminando por aquella calle solitaria bajo la lluvia, se da cuenta de lo vacía que es su existencia ahora. Sin amigos, sin trabajo, sin el amor de su novio, al que quería con toda su alma. ¿Cómo había podido llegar a ese punto? Entonces, empieza a llorar desconsoladamente.

No sabe qué hacer, aunque sus pies la guían hasta su casa, el único sitio donde siempre estará segura, lejos de las miradas escrutadoras.

Durante mucho tiempo, tuvo que aguantar las críticas de Raúl y sus amigos, que juzgaban todos sus pasos, siempre diciéndole que no encontraba trabajo porque no buscaba bien, o que debía conformarse con lo que fuera. Todo para poder seguir su ritmo de vida. Sus viajes, sus fiestas, sus cenas.

Esos amigos que la dijeron durante años que estarían en lo bueno y en lo malo, la habían dejado en la estacada. Lo de ellos era grave, pero lo de Raúl era peor. Él le había prometido un futuro juntos, y cuando peor estaba, cuando más le necesitaba, decidía abandonarla.

Y se preguntaba: ¿Había vivido una mentira todos esos años? Quizás aquello fue un sueño, y ahora estaba viviendo en el mundo real. Un mundo cruel, despiadado con aquellos que no estuvieran dentro de ciertas normas sociales. Y Almudena ya no lo estaba.

Regresa a casa, y apenas prueba bocado durante la cena. No tenía demasiado apetito. Daniel, que ya es un joven de veintiún años, alto, con el pelo castaño y los ojos azules, la mira con preocupación.

—Almu, ¿estás bien?

Almudena fuerza una sonrisa.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que apenas has probado la cena.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, es que no tengo mucha hambre.

Daniel suspira, se acerca a ella, y le da un abrazo.

—No te preocupes, ya saldrá algo, ¿vale? Hay que tener paciencia.

Almudena sonríe con tristeza.

—Sí, claro que sí. No te preocupes, son momentos tontos.

—Bueno, esos momentos los tenemos todos. Pero tienes que animarte. ¿Qué te parece si nos preparamos un mega batido de chocolate?

Almudena se ríe.

—Dirás que prepare un mega batido de chocolate...

—Bueno, sí. Pero yo te ayudo.

—La última vez que me ayudaste casi desmontamos la cocina.

—Si se da el caso, podemos montarla otra vez antes de que venga papá—asevera Daniel, entre risas.

Almudena vuelve a reírse, y los dos acaban en la cocina, preparando dos batidos de chocolate, mano a mano. Finalmente, se sientan en el sofá, y beben mientras charlan.

—¿Y qué tal te van las cosas con Paulina?

Paulina es la novia de Daniel desde hace tres años. Se conocieron en la facultad, y su relación iba viento en popa.

—Bueno, bien, supongo.

Almudena le mira con suspicacia.

—¿Qué es eso de “supongo”?

Daniel tuerce el gesto.

—Vale, no van bien. De hecho, ya no van. Hemos roto.

Almudena abre mucho los ojos, sorprendida.

—¿¡Qué!?! ¿Cuándo? ¿Por qué? Pensaba que estabais bien.

Daniel da un sorbo a su batido de chocolate.

—Es una idiota, y no quiero salir con alguien así.

—¿Qué ha pasado, Daniel? —pregunta Almudena, posando su mano sobre su hombro.

Daniel suspira con resignación.

—Habló mal de ti a mis espaldas, y eso no me gustó nada.

Almudena se queda sin saber qué decir durante unos segundos. En ese instante, se siente culpable.

—Yo... No sabía...

Daniel la mira y la agarra la mano.

—Almu, no ha sido solo eso. Han sido un cúmulo de cosas. Paulina tiene un carácter muy difícil. Tiene que hacerse todo a su manera, y yo lo aguantaba porque la quería. Pero cuando he sabido lo que opina de ti, y la forma que tiene de hablar de ti, me hirvió la sangre. Fue la gota que colmó el vaso.

>>>Para mí, papá y tú sois lo más importante que tengo en la vida, y quien se meta con vosotros, se está metiendo conmigo. Quien quiera ser mi pareja, debe entender que sois sagrados para mí. Así que, ya le dije que no quería volver a verla en mi vida. ¡Nadie habla mal de mi Almu!

Almudena abraza a su hermano, y rompe a llorar por la emoción.

Daniel ya no es ese niño que corría hacia sus brazos, o al que tenía que consolar cuando se

acordaba de su madre, aquella que lo había abandonado. Ahora era Daniel quien la consolaba a ella. No estaba sola como había creído. Su padre y su hermano, los hombres más importantes de su vida, estaban con ella. Y por ellos debía seguir luchando.

## Capítulo 2

Es un día soleado, hace algo de calor, y Julen está sentado en la terraza de una cafetería, esperando a alguien. A través de sus gafas de sol, observa la calle, expectante.

—¿Qué va a tomar? —le pregunta un camarero.

—Un café solo con hielo y un batido de chocolate, por favor.

El camarero le deja solo, y Julen sigue mirando hacia la calle. Cuando empieza a impacientarse, aparece la persona que está esperando. Es una mujer bajita, con los ojos azules, y el cuerpo delgado. Lleva un vestido blanco, con estampado de flores oscuras, una chaqueta vaquera y unos zapatos de tacón bajo. Sonríe mientras se acerca a él, y Julen siente cómo su pulso se acelera. Cuando llega hasta él, Julen se levanta y le da un beso en los labios.

—Hola, cariño. Siento el retraso—dice ella, acariciándole la mejilla.

—No pasa nada—responde él, mirándola, embelesado.

La mujer se sienta a su lado, y le agarra la mano.

—¿Cómo va todo?

Julen suspira, cansado.

—Bien, mucho trabajo. Tenemos muchas publicaciones en marcha en la editorial, y, además, estamos liados con los eventos de la Feria del Libro. Así que estoy hasta arriba.

—Voy a tener que darte un masaje o regalarte unas vacaciones en un spa para que te relajés después de la Feria del Libro—comenta ella.

Él dibuja una sonrisa pícaro.

—Me gusta cómo suena eso. A ver, explícame eso del masaje...

Ella le lanza una mirada sugerente, que provoca en Julen una sacudida.

—No voy a explicarlo, voy a hacerlo...

El camarero llega y les sirve las bebidas, interrumpiendo ese momento de intimidad tan intenso. La mujer toma un sorbo de batido y se relame al degustar el delicioso chocolate.

—¡Está buenísimo! —afirma, contenta.

Julen se ríe, al ver el gesto de niña pequeña que pone. Le encanta verla así.

—A ver, déjame probar...

Entonces, se acerca a sus labios, los acaricia suavemente con su boca e introduce su lengua, deleitándose con el sabor a chocolate. Ella ahoga un gemido, y él se estremece al escucharlo. Se aparta de ella, y le acaricia su suave mejilla.

—Sí, está muy bueno—dice con una sonrisa traviesa.

Ella se ríe.

—Siempre haciendo estas cosas que me dejan descolocada.

—¿Qué le voy a hacer? Soy adicto a ti.

Ella se muerde el labio inferior, y le mira con timidez.

—Yo también soy adicta a ti...

Él se ríe al ver cómo se ruboriza, y vuelven a besarse.

El ruido de la alarma despertador de su teléfono rompe el momento. Julen abre los ojos, gira la cabeza, y coge su teléfono de la mesilla. Apaga la alarma, y resopla, mirando al techo. Gira la cabeza hacia el otro lado de la cama, y comprueba que está vacía.

Entonces, oye unos pasos que golpean el suelo de la habitación. Se incorpora, y ve a su novia Verónica, vestida con traje de chaqueta, mirándose al espejo y colocándose los pendientes. Julen sonrío, se levanta, y se acerca a ella por detrás. La abraza, y entierra la cabeza en su melena rubia y rizada, que huele a champú de camomila.

—Cariño, apártate, que me vas a arrugar el traje—le dice, dándole un ligero empujón con su trasero.

Julen tuerce el gesto, suspira y se aparta de ella. Se mete en el baño, y se mira en el espejo. Rostro pálido, barba de dos días, algunas ojeras, y su pijama y su camiseta de algodón arrugados. Se rasca el vientre y bosteza, soñoliento. Entonces, se inclina sobre el lavabo, y se da agua fría en la cara para desperezarse.

Sus ojeras no se deben a una noche de pasión desenfrenada con su novia. El motivo es el volumen de trabajo que a veces tiene que llevarse a casa.

Julen es uno de los editores más jóvenes del país. Un auténtico e infalible detector de talentos y super ventas, que trabaja para una de las editoriales más importantes del mundo. Desde niño, Julen ha sentido verdadera pasión por la literatura, y convirtió esa afición en un trabajo que le encanta.

Es un hombre de éxito, que tiene su propio apartamento en una buena zona de la capital, y lleva dos años saliendo con Verónica, una abogada mercantil a la que conoció en una reunión de negocios. Fue amor a primera vista. En el instante en que cruzaron sus miradas, Julen supo que ya no podría vivir sin ella.

Verónica es una mujer despampanante, rubia, alta, con un cuerpo perfecto moldeado a base de horas de gimnasio, y con los ojos castaños claros. Es la novia que cualquiera querría tener. O eso le dicen todos.

Al principio, la relación era maravillosa. Se entendían a la perfección en todos los aspectos, a pesar de que Verónica nunca ha sido demasiado cariñosa ni apasionada.

Sin embargo, en los últimos meses, las cosas no iban bien. Verónica se mostraba esquiva y malhumorada, y aunque Julen entendía que estaba estresada con el trabajo, empezaba a sentirse un poco solo. Esperaba que solo fuera una fase.

Julen se mete en la ducha, y deja que el agua caliente se deslice por su cuerpo y despeje su mente. De repente, el recuerdo de aquel sueño regresa a él. La calidez de la mano de esa mujer desconocida, de sus labios, el brillo en su mirada azul. ¿Quién es esa mujer? ¿Y por qué ha soñado con ella?

—¡Julen! Me marchó ya. Ya te llamaré para vernos esta semana, que tengo mucho lío en el despacho—grita Verónica desde el otro lado de la cortina de la ducha.

Julen asoma la cabeza.

—¿No te da tiempo a secarme? —pregunta en tono pícaro.

Verónica pone los ojos en blanco, y resopla.

—No digas tonterías, que no estoy para eso. Hasta luego—contesta, saliendo del baño sin darle un beso.

Julen suspira con resignación, cierra la cortina, y vuelve a meterse bajo el agua. La mirada y la sonrisa de la mujer del sueño aparecen en su mente, consiguiendo que se evada de su realidad.

Abre los ojos y sacude la cabeza. Debía volver al mundo real, pues aquello solo era un sueño.

Una hora más tarde, llega a la editorial, situada en el Barrio de Salamanca, saluda a sus compañeros de la oficina, y entra en su despacho.

La estancia tiene un amplio ventanal que da a una calle apenas transitada, paredes de color beige, una enorme estantería llena de libros, un archivador, y un escritorio de madera.

Se sienta en su silla acolchada, y enciende el ordenador. Hay muchos emails que responder, y tiene varios manuscritos que revisar.

—Buenos días, compi—le saluda Carolina desde el umbral de la puerta.

—Buenos días—responde él sin apartar la vista del ordenador.

—Vengo a invitarte a un café. Veo que lo necesitas—apunta ella, mirándole fijamente.

Julen dibuja una sonrisa ladeada.

—Vale, acepto ese café, aunque no podré entretenerme mucho, tengo bastante correo.

—No te preocupes, no te robaré mucho tiempo, yo también tengo mucho lío. De hecho, tomaremos el café aquí.

Cinco minutos después, Carolina regresa con dos tazas de café, y las pone encima del escritorio. Carolina es una de las veteranas de la editorial. Una mujer de cuarenta y tres años, divorciada, sin hijos, delgada, alta, con el pelo corto oscuro. Lleva veinte años trabajando como editora, y su olfato literario nunca falla. Mientras que Carolina está especializada en novela romántica, Julen se dedica a editar novela negra, de misterio e histórica.

—¿Cómo llevas el tema de la Feria del Libro? —pregunta ella.

Julen se encoge de hombros.

—Bien, más o menos. Tengo a todos los autores confirmados, aunque aún me falta Jon.

—Ya sabes cómo es. ¿Qué? ¿Otra vez con sus arrebatos de divo?

—No, esta vez no. Lo que pasa es que está de viaje por Europa, documentándose, y no sabe si llegará a tiempo para la feria. Además, también estoy pendiente de que me mande su nuevo manuscrito.

—¿Y no hay otro?

—El es la estrella, no puede faltar.

Carolina suspira.

—Si es que damos pan a quien no tiene hambre.

Julen se ríe.

—Bueno, en este caso, es cierto que Jon es un poco especial, aunque no es mal tipo. Es un poco desastre, pero así son los genios.

—Menos mal que no hay ninguno así en mi área. Mis autoras son todas maravillosas, y me lo tienen todo listo antes de la fecha límite de entrega.

—Suertuda. Bueno, cambiando de tema. ¿Cómo fue el *speed dating*?

Carolina había acudido a un evento de *speed dating*, con la esperanza de conocer a alguien. Después de su divorcio, tras quince años casada, estaba deseando encontrar pareja y olvidarse de los malos momentos de su separación.

—Conocí a un cincuentón muy majo. Nos hemos intercambiado los teléfonos. A ver qué pasa... —responde ella, soñadora.

Julen sonríe al escuchar eso.

—Me alegro. Va a salir todo bien, ya lo verás.

Carolina se ríe.

—Hijo, no busco una relación, solo un poco de diversión. Ya he estado casi veinte años con el mismo. Ahora quiero pasármelo bien y no preocuparme por nadie. Y, por cierto, ¿tú cómo vas con Verónica?

Esto hace que Julen se revuelva incómodo, aunque fuerza una sonrisa, tratando de disimular.

—Bien, como siempre.

Carolina alza una ceja.

—Ya veo. Sigue igual de arisca ¿no?

Julen agacha la mirada, y acaricia la taza con los dedos.

—Está muy estresada últimamente. No la culpo.

Carolina niega con la cabeza.

—Si quieres creértelo, adelante. Sin embargo, ¿me permites un consejo?

Julen asiente.

—Piensa en ti mismo, y valora si te compensa aguantar esas actitudes. No merece la pena soportar esos comportamientos, Julen, no te lo mereces. Hazme caso, que habla la voz de la experiencia.

Julen suspira con resignación, pero no dice nada en respuesta. Sabe que Carolina tiene razón, sin embargo, prefiere no seguir hablando del tema.

Después de esta breve charla, ambos vuelven al trabajo y Julen se olvida del asunto el resto del día.

Por la noche, regresa a casa totalmente agotado. Se deja caer en el sofá, y se quita los zapatos. Respira hondo, y cierra los ojos. Todo está en silencio, y eso le permite despejar la mente.

Piensa en lo que le ha dicho Carolina. Su relación con Verónica cada vez era peor, y no sabía qué hacer.

La quería, y deseaba luchar por salvar su relación. Tenían que hablar en serio y buscar una solución.

Mira la hora. Son las nueve de la noche. Quizás podrían quedar para verse. Decide coger el teléfono y llamarla. Un tono, dos, tres, y salta el contestador. Recuerda que le había comentado que tenía mucho lío en el despacho. Bueno, era mejor esperar a que ella le devolviera la llamada, no quería molestarla, pensó.

De repente, suena el teléfono y Julen ve en la pantalla que es Jon.

—¡Hola, Jon!

—¡Hola! ¿Cómo está mi editor favorito? —responde él en tono alegre.

Julen tuerce el gesto. Cuando Jon se pone en plan cariñoso con él, significa que algo ha hecho, o está planeando hacer.

—Bien, estoy bien. ¿Y tú?

—¡Divinamente! Oye, ¿estás ocupado?

—No, acabo de llegar a casa.

—¡Bien! Pues ven a buscarme al aeropuerto, que te invito a cenar. Terminal 2, no te olvides, aquí te espero. Ciao!

—Jon... Oye...

Sin embargo, no le da tiempo a decir que no, porque Jon ha colgado. Como siempre, Jon se sale con la suya.

Julen suspira, y decide cambiarse de ropa para ir a buscar a su autor estrella. Se pone unos vaqueros, una camisa blanca, una chaqueta y unos zapatos cómodos. Coge las llaves del coche, y se marcha al aeropuerto. Mientras conduce, no deja de preguntarse: ¿Qué estará tramando Jon?

## Capítulo 3

Julen llega al aeropuerto, y ve a lo lejos a Jon esperándole en la entrada de la terminal. El escritor de cuarenta y cinco años, con pelo canoso, ojos grises y silueta delgada, va con su gabardina de color claro y agita la mano nada más verle. Detiene el coche delante de él, y meten la enorme maleta de Jon detrás. Una vez están dentro, emprenden la marcha.

—¿Adónde vamos, Jon?

—Vamos a Brasilia, es un restaurante brasileño que hay en Nuevos Ministerios. Tengo ganas de algo exótico—responde con entusiasmo.

—Vale, vamos a Nuevos Ministerios, y allí tú me indicas.

Durante el trayecto, Jon le cuenta cómo ha transcurrido su viaje de varios meses por Europa.

—He estado en República Checa, Eslovaquia, Polonia, Hungría... Ha sido una experiencia increíble, y he tomado un montón de notas con miles de ideas. Tengo para escribir otra saga.

—Bueno, si es tan buena como la saga del detective Sánchez, entonces me gustaría leerla.

—Lo harás, descuida. Ya sabes que solo publico libros con vosotros, y que tú eres mi único editor.

—Hablando de libros. ¿Cómo va el manuscrito que aún me debes? Ya hemos pospuesto la fecha de entrega dos veces, Jon.

Este tuerce el gesto.

—¡No hablemos de eso ahora! Acabo de llegar de un largo viaje, y necesito reponer fuerzas.

Finalmente, llegan al restaurante, y enseguida les toman nota. El local está decorado con tonos anaranjados y verdes, inspirados en la selva del Amazonas, y la carta ofrece deliciosos platos típicos brasileños.

—¿Qué te parece el sitio?

Julen mira alrededor y asiente.

—Me gusta, parece un sitio agradable.

—Me alegra, porque tienes una cara de acelga que no puedes con ella, y necesitas animarte.

Julen se ríe.

—¿Cara de acelga? ¡No digas tonterías!

—¿Cómo van las cosas en el paraíso? —pregunta Jon, mientras juguetea con el tenedor.

Julen frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Jon pone los ojos en blanco y resopla.

—Madre mía, ¿es que no entiendes la ironía? ¡Qué cómo te van las cosas con Verónica! ¡Eso quería decir!

Julen se pone serio, y se revuelve en su silla.

—Bien, supongo...

Jon estrecha la mirada, y asiente.

—Sí, tienes la misma cara que yo cuando estaba a punto de divorciarme de mi mujer. Las cosas van fatal, ¿verdad?

Julen suspira, pesaroso.

—Lo cierto es que bien no van. Se comporta de manera diferente últimamente. Apenas deja que me acerque, y está más distante conmigo.

—Uy, esto tiene nombre y no es nada bonito...—indica Jon, negando con la cabeza.



—¿Nombre? No entiendo nada, Jon—responde, desconcertado.

Jon mira fijamente a Julen.

—Verónica se está viendo con otro.

Julen abre mucho los ojos, sorprendido.

—¿Qué? —pregunta con un hilo de voz.

—A ver, por lo que me cuentas, su comportamiento apunta en esa dirección. Se muestra arisca, distante, no quiere que la toques... Y eso significa que lo más probable es que prefiera que otro que no seas tú la toque.

Julen frunce el ceño, y niega con la cabeza, incrédulo.

—Ni hablar, Verónica nunca me haría eso. Te estás equivocando de lleno.

—Mira, yo ya he pasado por eso. Con mi última pareja, Gina, la inglesa, ¿te acuerdas de ella?

Julen hace memoria y enseguida se acuerda de Gina. Una inglesa rubia, veinteañera, de cuerpo escultural, que estuvo saliendo varios meses con Jon.

—Sí, me acuerdo.

—Pues me engañó con otro. Durante las últimas semanas que estuvimos juntos, estuvo distante, y como estaba un poco mosqueado, me puse a investigar, y descubrí unos mensajes en su móvil de un tal Paul, que me parecieron muy sospechosos. Entonces, le pedí explicaciones y me lo contó todo. Llevaba un tiempo viéndose con él, así que la mandé a paseo.

—Dios, es horrible...—comenta Julen, entre asombrado y apenado.

Jon se encoge de hombros.

—Bueno, lo pasé mal una temporada. Pero gracias a eso, saqué la novela Galaxia Zero, que fue uno de mis grandes éxitos.

—Increíble. No sabía nada, Jon.

—No es algo que me guste ir pregonando. Sin embargo, debo casi todos mis éxitos a mis fracasos sentimentales. Mis grandes trabajos los he creado después de sufrir.

—Pero eso no va a ser siempre así, Jon.

—¿Quién sabe? Quizás esté destinado a morir solo como Kafka o Mariano José de Larra.

Julen tuerce el gesto.

—Larra no es una buena referencia en ese tema...

Jon pone los ojos en blanco.

—Es un decir. No voy a volarme los sesos con una pistola, si es eso lo que te preocupa.

Como siempre, Jon era la sinceridad personificada, y soltaba lo primero que se le venía a la cabeza sin pensar demasiado.

Después de cenar, se dirigen al aparcamiento que hay cerca del restaurante.

Mientras caminan, Jon sigue hablando de sus aventuras europeas. De repente, a lo lejos, Julen ve a una pareja abrazándose. Se fija en un pequeño detalle que le deja intrigado. La mujer, rubia con el pelo rizado, le recuerda a alguien. Centra su mirada en ella, aunque con la oscuridad apenas la ve bien. Lleva un abrigo de color gris, idéntico al de Verónica.

Sin embargo, piensa que eso no quiere decir que sea ella. Hay muchos abrigos grises en el mundo. La pareja se aleja, y Julen empieza a tener dudas. ¿Y si Jon tenía razón? Sacude la cabeza, y trata de alejar ese mal pensamiento de su mente.

Nada más entrar en casa, se desviste y se mete en la cama. Son las doce, y mañana tiene que madrugar. Antes de dormirse, le envía un mensaje a Verónica deseándole buenas noches. No espera su respuesta, porque enseguida cae en un sueño profundo.

El cielo está nublado, y una suave brisa mueve la melena castaña de la mujer que camina delante de él. Julen sonríe sin motivo aparente.

Le gusta lo que está viendo. Es una visión que le relaja. En ese instante, la mujer se gira, y le mira.

—¡Vamos, Julen! ¡Que va a empezar a llover pronto! —le dice ella con una sonrisa en el rostro.

De repente, empieza a llover con fuerza, y en pocos segundos, el pelo de la mujer está completamente empapado. Ella grita por la sorpresa, y él le agarra la mano. A continuación, ambos corren bajo la lluvia y consiguen refugiarse bajo el toldo de una tienda.

—Nos ha pillado de lleno. ¡Mira cómo estoy! —apunta ella.

—Lo sé. Parecía que iba a tardar más en llegar la lluvia.

—Ahora tendremos que esperar a que pare.

—Bueno, pues esperamos.

Sin soltar su mano, se acerca más a ella hasta abrazarla. Ella disfruta de su abrazo, y no le rechaza. Julen sumerge la nariz en su melena. Huele a vainilla, pero también a lluvia.

—Qué bien se está aquí—afirma ella con voz melosa.

—Sí, a pesar de la lluvia.

—A mí me encanta la lluvia. ¿A ti no?

Julen sonríe.

—Sí, a mí también me gusta. ¿Qué otras cosas te gustan?

—Me gusta el cine, leer, y disfrutar de un buen paseo.

—Pero es difícil pasear bajo la lluvia.

—Sí, claro. Sin embargo, yo no paseo bajo la lluvia. Cuando llueve, me quedo en casa, me tapo con una manta gigante, y observo la lluvia desde la ventana.

—Eso me gusta.

—Es una experiencia muy agradable. ¿Alguna vez te detienes a mirar por la ventana, Julen?

—¿Cuándo llueve?

—Y cuando no.

Él se encoge de hombros.

—Durante el día, apenas tengo tiempo de mirar nada que esté fuera de mi escritorio.

—A veces es bueno mirar por la ventana, y observar el mundo que nos rodea. Podemos estar perdiéndonos algo importante.

Julen considera la idea unos segundos, y entonces, alza la vista, y observa lo que tiene delante. Una calle desierta, bañada por las gotas de lluvia, que se deslizan por el suelo, y se cuelan por las alcantarillas. El agua arrastra hojas, papeles, y recuerdos.

En ese instante, ella se aparta de él, y se dirige al centro de la calle. Julen se queda sorprendido cuando la ve dando vueltas y alzando la cabeza hacia el cielo, permitiendo que las gotas caigan sobre su rostro. Su vestido corto de color azul y su chaqueta vaquera están empapados, pero a ella parece no importarle.

Julen no se mueve, está hechizado por esa ninfa que lo mira con una sonrisa. Nunca había visto a nadie hacer eso. En su realidad, la gente, cuando llueve, se refugia bajo techo, y no sale a bailar bajo la lluvia. Pero esta mujer lo desconcierta, y a la vez, lo atrae de una manera única e irrefrenable.

De repente, se da cuenta de que nunca la ha llamado por su nombre. Intenta recordarlo, pero no puede. Algo se lo impide. Justo cuando va a preguntárselo, suena el despertador, y el sueño termina.

## Capítulo 4

Tras otra semana buscando empleo, sin éxito; Almudena, su padre y su hermano se disponen a pasar un rato en familia. Como es sábado por la tarde, deciden ir al cine y después a cenar. Hacía mucho que no salían los tres, debido a sus respectivas rutinas. Sin embargo, hoy tenían la intención de divertirse y olvidarse de todo.

Los tres hacen cola en el cine, y charlan de diferentes temas para amenizar la espera. Almudena lleva unos cómodos tejanos y una chaqueta de lana de color oscuro. Esa noche hace un poco de frío, y ha preferido abrigarse.

—Bueno, hace mucho que no vamos los tres al cine—comenta su padre.

—¡Cierto! Ya era hora. Yo siempre me lo he pasado en grande con vosotros—afirma Daniel.

—Lo raro es que no hayas quedado con tus amigos. Normalmente, estás siempre comprometido—apunta Almudena.

Daniel se encoge de hombros.

—Hay que hacer vida en familia de vez en cuando.

—Sí, así le hacéis caso al carroza de vuestro padre—añade Ernesto.

Los tres se ríen.

—Déjate de tonterías, que tú tienes todavía mucha guerra que dar. Que sabemos que eres un conquistador—afirma Daniel.

—No exageréis. Además, yo no tengo ganas de compromisos. Estoy muy escarmentado.

—Papá, no puedes pasarte la vida solo. Estoy segura de que encontrarás a tu media naranja—comenta Almudena.

—¿A mis años? No, hija. Mi tren ya ha pasado. Ahora os toca a vosotros encontrar a vuestra media naranja.

Daniel y Almudena se miran y tuercen el gesto. Su padre lleva años sin tener una relación estable. Primero, la muerte de la madre de Almudena, Celia, afectó profundamente a Ernesto, aunque salió adelante gracias a su hija, que dependía de él.

Después, conoció a Diana, la madre de Daniel. Con ella recuperó la esperanza y volvió a enamorarse. Sin embargo, Diana pronto lo abandonó, y Ernesto se quedó de nuevo solo, a cargo de dos criaturas. Su fe en el amor se desvaneció, y no volvió a entregar su corazón a nadie. Y no le han faltado pretendientas. No obstante, él no ha buscado nada serio. Cuando tu corazón está herido, te vuelves desconfiado.

Después de disfrutar de la película, ponen rumbo a un restaurante italiano que hay cerca del cine. Allí les toca esperar de nuevo, porque a esa hora hay mucha gente, y el local está casi lleno.

Mientras esperan, Daniel y Ernesto conversan, y Almudena se limita a escuchar. Pasea su vista por el establecimiento, decorado con colores cálidos, y con música típica italiana sonando de fondo.

De repente, detiene su mirada en una esquina, donde hay un grupo de gente. Enseguida los reconoce, y su corazón da un vuelco. Allí está Raúl con su pareja y sus amigos.

Almudena cierra los ojos, y respira hondo, intentando calmarse. A pesar de que está siendo una noche estupenda, y de que tiene ganas de cenar allí con su familia, no puede evitar sentirse asfixiada por la tensión. Las risas de aquella mesa llegan a sus oídos. Aún recuerda lo que era pasar veladas divertidas, cenando con sus amigos. O eso decían ellos entonces. Un sentimiento de amargura la invade, y amenaza con destruir su buen ánimo.

—Almu, ¿ocurre algo? —pregunta Daniel, preocupado.

Ella niega con la cabeza, y le mira con los ojos humedecidos. Entonces, Daniel pasea su vista por el local, y ve a Raúl sentado en la mesa de la esquina. Ahora comprende el disgusto de su hermana, y no piensa dejar que se quede un minuto más allí.

—Oye, papá, conozco un sitio aquí cerca donde no tendremos que esperar.

Ernesto mira a su hijo, desconcertado.

—Pero si están a punto de llamarnos...

—Hazme caso. Donde yo te digo la comida es mejor. Venga, vamos—les insta Daniel.

Ernesto sigue a sus hijos, y justo antes de salir, echa un vistazo al local. Es en ese instante, cuando comprende el cambio de opinión de Daniel. Sí, ha visto a Raúl, el ex novio de Almudena, y a todos aquellos que decían ser amigos de su hija.

Se enorgullece de la sabiduría de Daniel, y se alegra de su pronta reacción. Al salir, se acerca a su hija y la agarra por los hombros. Almudena alza la vista e intercambia una mirada de complicidad con su padre. No hay nada más que decir.

Finalmente, acaban los tres cenando en un establecimiento de comida rápida.

—No vengo a un sitio de estos desde que Daniel era pequeño—comenta Ernesto.

—Yo vine la semana pasada—apunta Daniel.

—No me gusta a mí que vengas tanto. Esta comida no es sana—le regaña su padre.

—Es un sitio bueno, bonito y barato. Recuerda que soy estudiante, papá.

—Sí. Aunque dentro de nada dejarás de serlo. ¡Ay, qué rápido crecéis! —se lamenta Ernesto.

—Almudena ya está crecidita y yo también, papá—responde Daniel con sorna.

Los dos se ríen, mientras Ernesto pone gesto de fingida indignación.

—Qué graciosos sois. Cómo os reís de vuestro padre.

En ese momento, entra en el local una mujer alta, con la tez blanca, los ojos y el pelo oscuro, y un cuerpo esbelto. Ernesto la observa con cierta fascinación, detalle que no pasa desapercibido para sus hijos, que lo miran con curiosidad. La mujer se acerca a ellos con una sonrisa en el rostro, como si los conociera de algo.

—¡Pero bueno! ¡Cuánto tiempo! —les saluda la mujer con alegría.

Los tres la miran con gesto interrogante, y ella pone los brazos en jarras.

—¿No me digáis que os habéis olvidado de mí? —pregunta ella, sorprendida.

Almudena se fija bien en ella, y de repente, una serie de recuerdos vienen a su mente. Abre mucho los ojos y dice:

—¿Belén?

Esta sonríe ampliamente, mientras Ernesto se queda perplejo. ¿Esa mujer es Belén?, se pregunta.

Belén era la joven estudiante de pediatría, que ayudaba a la madre de Ernesto a cuidar de Daniel y Almudena cuando él tenía que trabajar. Estuvo durante seis años cuidando de ellos, hasta que terminó la carrera y consiguió un puesto en un hospital de Santander, su ciudad natal. Llevaba muchos años sin saber de ella.

—¡Almudena! ¡Estás guapísima! —dice Belén, dándole un abrazo.

Entonces, mira a Daniel.

—Tú ya eres un hombretón. ¡Madre mía! —añade.

Ernesto se queda de pie, y es Belén quien le saluda dándole dos besos. Está paralizado, y nota cómo su pulso se acelera.

—Te veo muy bien, Ernesto—asevera ella, sonriente.

Él abre la boca, aunque le cuesta articular palabra.

—Tú... estás... bi... bi... bien. Sí, muy bien.

Belén se ríe.

—Gracias.

—¿Y qué haces por aquí? —pregunta Almudena.

—Volvía de ver a una amiga, y os he visto desde fuera. ¿Os importa que os acompañe?

—¡Claro que no! —responde Daniel, animado.

—¡Estupendo! Dadme un momento, que pido la comida. Ahora vuelvo.

Se aleja en dirección a la caja, y Almudena y Daniel observan cómo su padre la sigue con la mirada. Entonces, Ernesto gira la cabeza, y se encuentra con las miradas suspicaces de sus hijos.

—¿Qué? —pregunta, disimulando.

—Qué raro, te has quedado mudo de repente—comenta Daniel.

Ernesto se revuelve incómodo.

—Es que me ha sorprendido. Llevo muchos años sin verla, eso es todo.

Almudena y Daniel intercambian miradas de complicidad, mientras Belén regresa a la mesa con una bandeja que contiene unas patatas fritas, un refresco y unos Nuggets de pollo. Se sienta al lado de Ernesto, y el corazón del hombre empieza a latir a toda velocidad.

—Bueno, pues ya estoy aquí. No sabéis la alegría que me da volver a veros después de tantos años—comenta Belén sin perder la sonrisa.

—¿Estás en Madrid de visita? —pregunta Almudena.

—No, llegué hace un mes. He conseguido un puesto en una clínica privada de La Moraleja, y ya estoy instalada. Mi piso está aquí cerca.

Los tres se quedan sorprendidos.

—¿Y cómo es que has decidido volver a Madrid? —inquire Daniel.

Belén se encoge de hombros.

—Me separé de mi última pareja, y decidí cambiar de aires.

—No tienes pareja...—comenta Daniel.

—No, ni hijos tampoco. Estoy soltera y sin compromiso. He tenido varias relaciones, pero no me he casado nunca—explica Belén, tomando un sorbo de su refresco.

Ernesto empieza a sentir un cosquilleo en el estómago, pero se mantiene en silencio.

—¿Y vosotros cómo estáis? Ernesto, ¿sigues trabajando en la empresa de software?

Él se sobresalta, y tras calmarse un poco responde:

—Sí, sigo en la misma empresa.

—Tienes cincuenta y cinco ¿no?

—Sí, así es.

—Pues te veo muy bien—afirma ella, mirándole con una sonrisa.

Ernesto le devuelve el gesto.

—Tú también. Estás muy guapa.

En ese instante, Almudena y Daniel desaparecen, y Ernesto y Belén empiezan a hablar de los viejos tiempos y de cómo han sido sus vidas a lo largo de estos años. Sus fracasos sentimentales, las circunstancias de sus vidas actuales. Daniel y Almudena son meros espectadores, y por eso, deciden regresar a casa antes.

—¿No os quedáis? —pregunta Belén, desconcertada.

—No, tranquila, vosotros seguid hablando. Ya nos vemos otro día—responde Daniel, guiñándole un ojo a su padre.

Ernesto entiende la indirecta de su hijo, y decide quedarse allí hablando con esa mujer que una vez entró en su vida. Ella deseó quedarse entonces, pero él no se lo permitió.

Belén le confesó años atrás, que estaba enamorada de él. Como Ernesto no deseaba volver a sufrir de nuevo, Belén tuvo que rendirse y aceptar que él nunca la querría. Sin embargo, parece que el destino había vuelto a reunirlos, y no sabía con qué fin, pero Ernesto estaba decidido a averiguarlo.

Media hora más tarde, Almudena y Daniel llegan a casa, y se sientan en el sofá.

—¿Crees que papá vendrá a dormir esta noche? —pregunta Daniel.

—Yo creo que no. Se le ve muy pillado por Belén.

—A pesar de los años que llevo sin verla, todavía me acuerdo mucho de ella. Era genial.

—Sí, y lo sigue siendo. Siempre supe que Belén estaba enamorada de papá. Se le notaba a la legua.

—Tendría que haberse casado con ella.

—Sí, pero papá no quiso. Aunque creo que las cosas han cambiado. Tengo la sensación de que Belén ha vuelto a su vida para quedarse.

—Ojalá. No me gusta ver a papá tan solo.

Almudena suspira con pesar.

—Cuando has sufrido tanto, es normal que quieras evitar ciertas cosas. Papá no lo ha tenido fácil. Ha tenido mala suerte.

—Lo sé. Pero es hora de que eso cambie. Por cierto, ¿estás bien? Ya sabes, con lo del restaurante...

Almudena abre mucho los ojos, desconcertada.

—Sí, estoy bien. La verdad es que con el tema de Belén se me había olvidado.

—A mí me ha ardido la sangre cuando he visto a ese gilipollas con sus amigos—dice Daniel, molesto.

—Bueno, es normal que haga su vida. Yo hago la mía.

—No te hagas la dura, que sé que aún te duele.

Almudena suelta una triste carcajada.

—¿Cómo no me va a doler, Dani? He pasado doce años de mi vida con él. Teníamos planes, y pensaba que pasaría el resto de mi vida con Raúl.

>>Claro que ha sido duro verle allí tan contento, con su novia y con los que hasta hace poco eran mis amigos. Pero ¿qué puedo hacer? Lo único que me queda es intentar reconstruir mi vida, y crear recuerdos nuevos.

—Sabes que papá y yo estamos aquí para lo que necesites.

—Lo sé, Dani. Y gracias a vosotros, sigo aquí, peleando todos los días. Y por vosotros, no pienso rendirme—asevera Almudena.

—¡Así se habla, Almu! ¡Ven que te dé un abrazo de oso! —dice Daniel, abalanzándose sobre ella.

Almudena se ríe.

—Eso es lo que te decía yo de pequeño, cuando eras un renacuajo. Y ahora mides metro ochenta.

—¡Soy un oso!

Almudena se abraza más a él.

—Gracias, peque.

—¿Peque?

—Sí, peque. Siempre serás mi peque, aunque tengas noventa años.

Los dos se ríen, y finalmente, se van a dormir. Almudena entra en su cuarto, se cambia, y se mete bajo las sábanas. Durante un rato, permanece con la vista fijada en el techo. A pesar de que

su vida aún es un desastre, y que cada día ve más difícil encontrar solución a sus problemas, se va a dormir con una agradable sensación.

Su familia está a su lado, y eso le da fuerzas. Sin embargo, su ánimo ha decaído al ver a Raúl y a sus amigos divirtiéndose sin ella. Recordó con nitidez cómo Raúl agarraba a su actual pareja por los hombros, mientras se reían de algún chiste que había contado Pedro, el gracioso del grupo. Todos ellos eran amigos de Raúl, que se habían convertido en amigos de ella. Doce años de amistad que terminaron meses atrás. Así, sin más, como si ella nunca hubiera existido.

Los planes que tenía con Raúl se fueron con él. Habían hablado miles de veces de comprarse una casa, tener hijos.

Habían hecho algunos viajes aprovechando las escasas vacaciones de Almudena, y se habían divertido como una pareja más. Todo eso se acabó. Y ahora, no sabía qué le depararía el futuro. Cierra los ojos, y rápidamente, cae en un profundo sueño.

De repente, nota una cálida sensación en su piel, que empieza a subir por su hombro y acaba en su rostro. Unos suaves labios reparten besos por su cuello y su mejilla. Almudena se gira, y entonces ve esos preciosos ojos y esa bonita sonrisa que la hacen estremecer.

—Hola, princesa—la saluda, mirándola, embelesado.

Almudena se da la vuelta, y le rodea la nuca con sus brazos, atrayéndolo hacia ella. A continuación, acaricia sus labios con los suyos, y siente que se derrite por dentro. Aquel hombre hace que se olvide del mundo. Él se separa, y apoya su frente en la suya. Ambos cierran los ojos, y él dice:

—No tengas miedo. Todo va a salir bien. Confío en ti. Tú puedes con esto y con mucho más, Almudena. Estaré siempre a tu lado.

En ese instante, Almudena abre los ojos, y se incorpora, sobresaltada. Aquel sueño parecía muy real. Era como si aquel hombre estuviera ahí con ella. Se levanta, y se dirige a la cocina. Se llena un vaso con agua, y toma un ligero sorbo.

A continuación, va al salón, y se pone a mirar por la ventana. La calle está desierta a esa hora, solo iluminada por las farolas. Almudena se abraza a sí misma, cierra los ojos y respira hondo. Al pensar en ese hombre, siente que su cuerpo se estremece. Lleva varias noches soñando con él, y eso empieza a resultarle extraño. No ha visto a ese hombre nunca, o al menos, no lo recuerda. ¿Por qué aparece en sus sueños? ¿Y por qué en ellos son una pareja enamorada?

A pesar de haber estado con Raúl casi la mitad de su vida, nunca se sintió tan pletórica y dichosa en sus brazos. Ese hombre la acaricia de una forma distinta, como si ella fuera única. Quizás al principio Raúl fue así, aunque apenas lo recuerda. No obstante, ese hombre que aparece en sus sueños es diferente, especial, y, sobre todo, irreal.

En ese momento, su rostro aparece en su mente, y siente cómo un escalofrío recorre su cuerpo. Se le eriza la piel y nota una cálida sensación en su vientre. Sacude la cabeza, intentando serenarse. Debía haber una explicación para todo aquello. Pero ¿dónde podría encontrarla?

## Capítulo 5

Julen llevaba una semana sin apenas hablar con su novia. Estaba tan liada, que solo se comunicaban de forma escueta por mensaje. Sin embargo, a él parecía no importarle demasiado. Esto se debía a que cada noche se sentía acompañado.

Aquella mujer seguía apareciendo en sus sueños, y no dejaba de preguntarse quién era y por qué venía a visitarlo cada noche, sin excepción.

Hoy era un día importante en el grupo editorial. Se había creado un nuevo sello, y lo celebrarían con una fiesta de presentación en el salón de actos de su sede en Madrid. Estaba invitado todo el personal, incluidos los escritores que formaban parte de la editorial y los que publicarían sus novelas bajo el nuevo sello.

Sería una velada donde se podrían degustar canapés variados, mientras se llevaban a cabo los discursos de presentación y agradecimiento. Como sería algo un poco formal, Julen decidió ponerse un traje de chaqueta oscuro, una camisa blanca, y una corbata azul.

Había quedado con Verónica en pasar a recogerla a su casa para asistir juntos al evento. Por fin se verían después de muchos días. La casa de Verónica estaba cerca de Goya, a solo una parada de la suya, situada en Manuel Becerra; así que Julen cogió el metro y llegó enseguida. Después irían andando hasta la sede de la editorial, que estaba a pocas manzanas de la casa de ella.

Nada más llegar, llama al telefonillo, y enseguida aparece Verónica con un vestido negro largo con escote palabra de honor, y una chaqueta del mismo color. Lleva su pelo rubio recogido en un moño, con algunos mechones sueltos, y sus labios pintados de carmín rojo hacen un bonito contraste con su tez blanca. Julen sonríe al verla.

—Hola, preciosa—la saluda, acercándose para darle un beso.

En ese momento, ella aparta la cara rápidamente.

—Hola. ¿Nos vamos? —responde de forma seca.

Julen tuerce el gesto y suspira. A continuación, ponen rumbo a la editorial en silencio y sin mirarse. Él empieza a sentirse incómodo con la situación y con la gélida actitud de Verónica.

—¿Va todo bien? —pregunta con cierto malestar.

Ella asiente, y sin mirarle, contesta:

—Claro que va todo bien. ¿Por qué iba a ir mal?

Julen nota nerviosismo en su respuesta.

—No sé, te noto un poco tensa.

—Bueno, es que tengo mucho estrés por culpa del trabajo. Solo eso.

A pesar de no estar convencido con la respuesta, Julen decide no indagar más.

Llegan finalmente a la sede de la editorial, situada en un edificio alto de finales de siglo XIX, de fachada blanca; cuya entrada consiste en un ancho y alto portal, decorado con relieves en forma de hojas en sus bordes, que antiguamente era una vieja entrada de caballerizas.

Al fondo, se encuentran unas escaleras de mármol cubiertas con una alfombra azul, y un ascensor antiguo restaurado, con cabina de madera y las puertas de malla metálica.

Entran en la sala donde tendrá lugar la presentación, un enorme salón con suelo de moqueta azul y paredes color beige. A un lado, hay una pantalla gigante, donde se proyectarán las diapositivas de la presentación, y delante, una mesa con un ordenador y un micrófono. En un extremo de la sala, hay una mesa alargada donde unos camareros sirven bebidas, y donde hay dispuestas bandejas llenas de canapés diversos. Verónica y Julen se adentran en la estancia, y comienzan a mezclarse



con la gente.

En un momento dado, aparece por la puerta Jon, vestido con un traje claro y una pajarita negra. Su pelo canoso va perfectamente peinado y su barba cuidadosamente recortada.

—¡Buenas noches! ¡Qué bien te veo! ¡Y cuánta gente! —comenta, acercándose a Julen para saludarle.

Julen esboza una mueca que no llega a ser una sonrisa.

—Sí, la convocatoria ha sido un éxito. Hasta tú has venido. Y mira que no te dejas ver nunca por aquí.

—Bueno, es que detesto las oficinas. Estuve quince años trabajando en una, y acabé harto y estresado perdido. Prefiero encerrarme en casa con mis novelas.

Julen se gira para mirar a Verónica, que está hablando con otra de las asistentes.

—Cariño, perdona, ¿te acuerdas de Jon?

Ella lo mira y dibuja una sonrisa forzada.

—Sí, claro. Encantada de volver a verte.

Jon le devuelve el gesto.

—Lo mismo digo.

A continuación, Verónica se pone seria y dice:

—Voy a por otra copa. Si me disculpáis.

Y dicho esto, se aleja de ellos.

—Qué simpática—suelta Jon con sorna.

Julen niega con la cabeza.

—Algo le pasa.

—Sí, desde luego. Se nota a la legua que no le caigo bien. Eso es un problema serio.

Julen empieza a reírse.

—¿Siempre eres tan egocéntrico?

—Qué pregunta más tonta. ¡Pues claro que sí! Aunque al menos te he hecho reír. Tenías una cara de amargado tremenda.

Julen sonríe, agradecido. Lo cierto era que no estaba muy contento esa noche, y estas cosas eran de agradecer.

—Gracias. Sí, tienes toda la razón. Últimamente estoy desanimado.

—Pues habrá que arreglarlo, porque no quiero que estés así. ¿Has hablado ya con ella?

—No ha habido ocasión. Ha estado toda la semana liada.

—Entonces, esta noche es el momento perfecto.

Julen asiente, pensativo.

—Sí, creo que sí. Después de la presentación, hablaré con ella.

En ese momento, se apagan las luces, y se enciende un foco en la zona del escenario. Aparece delante del micrófono Carolina, que esa noche luce un elegante vestido rojo largo, con escote en forma de uve y sin mangas; su pelo va suelto y un poco rizado, lleva carmín rojo en los labios, y un colorete rojizo muy suave en las mejillas. Su rostro resplandece, y en ese instante, Jon se queda hipnotizado.

—¿Quién es esa diosa que está delante del micrófono? —pregunta en voz baja, y sin dejar de observarla.

Julen frunce el ceño.

—¿No te acuerdas de ella? Os presenté el primer día que viniste a mi despacho—responde del mismo modo.

Jon mira a Julen en la oscuridad.

—Si me acordara no te lo estaría preguntando. ¿Cómo es posible que no me haya fijado antes en ella?

Julen se ríe.

—Porque estabas más pendiente de las veinteañeras con las que salías.

Jon tuerce el gesto al acordarse de todos los líos amorosos que había tenido en los últimos años.

—Cierto. Bueno, pero no seas malo y dime quién es. Quiero información detallada.

Julen sonríe.

—Es Carolina Ruiz, la editora del sello Letra Romance. Es mi vecina de despacho. Cuarenta y tres años, divorciada recientemente después de quince años casada. No tiene hijos. Y está abierta a lo que surja, en cuanto a relaciones se refiere.

Jon se alisa el traje, y se atusa el pelo.

—Todo eso que me has dicho suena como música para mis oídos. ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Julen se encoge de hombros.

—No lo sé. Yo lo único que puedo hacer es poneros en contacto. Lo demás es cosa tuya y de ella.

Finalmente, Carolina baja del escenario, y la presentación continua. Media hora después, las luces se encienden, y todos vuelven a retomar las conversaciones. Julen recorre con la vista el lugar, pero no ve a Verónica por ninguna parte.

En ese momento, Carolina se acerca a ellos, y Jon muestra su mejor sonrisa. Esa mujer hace que su pulso se acelere.

—¡Hola, Julen! Hijo, con todo el ajetreo no te he visto. Estás guapísimo.

—Hola, guapa. Tú sí que estás preciosa. Pareces una actriz de Hollywood con ese vestido.

Carolina da una vuelta y sonríe.

—¿Verdad que sí? El divorcio me ha sentado de maravilla.

—Por cierto, ¿cómo te fue con el cincuentón del *speed dating*?

Carolina tuerce el gesto y niega con la cabeza.

—Nada, al final se echó atrás. Pero bueno, hay muchos peces en el mar.

En ese instante, Jon carraspea para hacerse notar. Entonces, Julen se da cuenta de que no ha hecho las presentaciones.

—Carolina, ¿te acuerdas de Jon Serra?

Ella sonríe, y se acerca para estrecharle la mano.

—Sí, bueno, hace tiempo que nos presentaste. Un placer volver a verlo, señor Serra.

Él agarra su mano, y en vez de estrecharla, se la acerca a sus labios y le da un beso en el dorso.

—Por favor, tutéame. Hay confianza...—dice, mirándola de forma seductora.

Carolina siente un cosquilleo en el estómago, y no puede evitar sonrojarse. Ese hombre es realmente atractivo, piensa.

—Encantada... Jon...

De repente, Julen nota que su presencia es prescindible, y decide dejarlos a solas para que puedan conocerse.

—Si me disculpáis, voy a buscar a Verónica. Luego os veo.

Dicho esto, se aleja de ellos, y Carolina y Jon empiezan a conversar. Julen sale de la sala, y al hacerlo, puede oír la voz de Verónica en el vestíbulo. Parece que está hablando por teléfono con alguien. Julen camina sigilosamente sobre el suelo de moqueta, que amortigua sus pisadas, y consigue ver a Verónica sentada al pie de la escalera.

—Sí... Lo sé... Hablaré con él, de esta noche no pasa... Sí... Yo también, lo sabes de sobra. Bien... Adiós... Un beso.

Verónica cuelga y alza la vista. Al hacerlo, ve a Julen de pie delante de ella, mirándola, expectante.

—¿Con quién hablabas? —pregunta él, serio.

Ella se levanta y responde:

—Con un amigo. Bueno, algo más que un amigo.

Julen respira hondo, y agacha la mirada.

—Así que por eso estabas así. Hay alguien más en tu vida—comenta Julen, sorprendido por la calma con la que lo está diciendo.

Verónica asiente.

—Sí. No lo planeo, Julen, te lo prometo. Surgió sin más. Es un cliente que acaba de divorciarse. Empezamos a vernos, a conocernos, y al final, saltó la chispa. Yo luché contra lo que empezaba a sentir por él, porque no quería hacerte daño. Pero hice todo lo contrario. Sé que he estado arisca y fría contigo estos últimos meses. Sé que has sufrido y te pido perdón por ello.

Julen asiente, pensativo. A continuación, se acerca a la escalera y se sienta en uno de los peldaños.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Esta misma noche. No puedo más, Julen. No puedo seguir engañándote ni engañándome. Estoy enamorada de otra persona.

Julen se echa el pelo hacia atrás con la mano, y tras unos segundos de silencio, responde:

—Admito que tenía mis sospechas. Tu actitud conmigo cambió radicalmente, e intuía que algo estabas ocultándome.

—Lo siento mucho, Julen. Te lo digo de corazón. Debí parar esto mucho antes.

—Yo, a pesar de todo, me empeñé en ser comprensivo, y no me paré a pensar que quizás no estaba haciendo lo correcto.

—Tú no tienes la culpa de nada, Julen. Eres un hombre maravilloso.

En ese instante, aparece en la mente de Julen el rostro de la mujer de sus sueños, que le sonrío, mientras el viento mece su larga melena castaña.

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro que sí.

—No me está doliendo saber esto, ni el hecho de perderte.

Verónica asiente, pensativa.

—Bueno, es lógico. Te he hecho una faena monumental.

—No, no lo entiendes. Es que...

Julen no termina la frase, porque no sabe cómo explicar lo que le está sucediendo. Se rasca la nuca, nervioso, y resopla. Entonces, Verónica se acerca a él, se inclina, y le agarra de la barbilla para que la mire a los ojos.

—Hay alguien en tu vida ¿no?

Julen inclina la cabeza.

—No está en mi vida, exactamente. Aunque sí, hay alguien.

Verónica sonrío, comprensiva.

—Creo que los dos hemos estado dando vueltas en círculo y hemos perdido el tiempo.

—Sí, eso creo yo también.

Verónica le acaricia la mejilla, y dice:

—Será mejor que me vaya. Cuídate, Julen. Y mucha suerte con ella. Te deseo lo mejor, de

corazón.

Él dibuja una sonrisa ladeada.

—Gracias. Cuídate. Adiós, Verónica.

Ella se marcha, y Julen se queda unos minutos a solas sentado en la escalera. Reflexiona sobre lo que ha sucedido esta noche. Bueno, y también sobre las últimas semanas.

Hace un tiempo, solo pensaba en Verónica. Ella era su novia, la mujer de su vida. Tenía planes, pero estos se fueron truncando en los últimos meses. Al principio, Julen fue comprensivo, sin embargo, el tiempo fue minando su paciencia, y por qué no admitirlo, su amor por Verónica.

¿Quizás la aparición de esa mujer en sus sueños era una especie de señal? Las preguntas que se formulaba seguían sin tener respuesta. No sabía de dónde había salido esa mujer, y por qué cada noche aparecía en su cabeza. Ahora que Verónica se había ido de su lado, y ya estaba libre de cualquier compromiso, no volvería a sentirse culpable por besar a otra en sueños.

Minutos después, regresa a la fiesta, y se reúne con Jon y Carolina, que siguen hablando sentados en dos sillas.

—Bueno, me marcho ya, que tengo mucho trabajo mañana—dice ella, levantándose.

Jon hace lo mismo.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —inquire con cierta decepción.

Carolina sonríe con timidez.

—Sí, lo siento. Ha sido un placer charlar contigo. Espero que nos veamos pronto.

—¿Claro! ¿Cuándo te viene bien? ¿Mañana para comer?

Ella niega con la cabeza.

—No, no puedo...

—¿Un café? No importa el momento, yo tengo mucho tiempo.

Julen alza una ceja, y observa a Jon, incrédulo.

—¿Ah sí? Pues como tienes tanto tiempo, puedes ir entregándome el manuscrito—interviene.

Carolina se ríe, y Jon se queda callado.

—Jon, toma esto—dice Carolina, sacando de su bolso una tarjeta con su nombre y sus señas—. Este es mi teléfono. Cuando quieras me llamas y quedamos. Aunque te advierto que tengo mucho lío...

Jon sonríe, y guarda la tarjeta en un bolsillo.

—No importa. Estoy dispuesto a esperar—responde, guiñándole un ojo.

Carolina se sonroja, y Julen sonríe. Entonces, ella se acerca a él y le da dos besos.

—Hasta mañana.

Dicho esto, se aleja de ellos en dirección a la salida. Al instante, Jon agarra a Julen por los hombros.

—Te invito a tomar una copa. ¡Esto hay que celebrarlo!

Julen suspira un poco abatido.

—¿Qué hay que celebrar?

—Que me he enamorado, por supuesto. Oye, tendrás que avisar a tu novia primero. Por cierto, ¿dónde está?

—Ya no tengo novia, acabamos de romper.

Jon abre mucho los ojos, sorprendido. Al momento, asiente, pensativo.

—Tú necesitas esa copa más que yo. Vamos, anda.

Cinco minutos después, están sentados delante de la barra de un bar de copas que hay allí cerca, y que, en ese momento, está semi vacío.

Julen le cuenta lo sucedido con Verónica, aunque no lo hace con tristeza, sino con una calma y

una entereza que dejan a Jon impresionado.

—Vamos, que tenía yo razón.

—Sí, acertaste.

—Si es que cuando uno tiene experiencia, no falla en estas cosas. Sin embargo, te veo bien. Me sorprende. Yo estaría llorando y emborrachándome.

Julen observa la copa de Martini que tiene delante con aire pensativo.

—Ya, eso es lo que me inquieta, que no me siento dolido ni triste.

—No es tan inquietante. Eso significa que tú tampoco la querías tanto. Mejor, así es más fácil.

—Jon...

—¿Sí?

Julen piensa durante unos segundos cómo va a abordar el asunto. Jon era alguien abierto de mente, pero no podía evitar preguntarse si lo entendería o pensaría que está loco.

—¿Te has enamorado alguna vez de alguien a quien nunca has visto?

La pregunta deja a Jon un poco desconcertado.

—Bueno, me he enamorado de mujeres a primera vista. ¿Te refieres a como cuando conoces a alguien por Internet? Es alguien al que nunca has visto, aunque te mande una foto, que luego resulta que es la foto de su prima, o de una modelo de Victoria's Secret. Y luego quedas con ella, y resulta que no es ella, es él, y empiezas a cuestionarte tu sexualidad, porque realmente sentías que había una conexión entre los dos... Bueno, es lo que me contó un amigo. Yo eso no lo he vivido— comenta esto último con apuro.

Julen suspira, abatido.

—No, no es eso.

Jon frunce el ceño.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

Julen sacude la cabeza.

—Nada, es una reflexión, nada más. No me hagas caso—responde, intentando quitarle importancia.

A pesar de esa respuesta, Jon se queda intrigado, aunque no indaga más.

Finalmente, Julen entra en casa, y en menos de cinco minutos, ya está metido en la cama. Con su vista fijada en el techo, piensa en el hecho de que la vida puede cambiarte en poco tiempo, sin apenas darte cuenta.

Esa mañana, tenía una novia estable, con sus problemas y con un asunto pendiente por discutir, y ya no había nada de eso. De repente, siente un cosquilleo en el estómago. Ahora mismo se siente expectante y emocionado. ¿Volverá a aparecer esa mujer en sus sueños? A continuación, cierra los ojos, dispuesto a averiguarlo.

## Capítulo 6

Almudena está sentada en la terraza de un lugar que no conoce. Frente a ella, hay una panorámica de Madrid muy bonita, donde pueden verse los tejados de los edificios, y las montañas de la Sierra. Apenas se oye el ruido del tráfico, y todo parece en calma. A su lado, está ese hombre, como cada noche.

El sueño transcurre durante el atardecer, cuando en el cielo se pueden contemplar los colores anaranjados y azulados que dan paso al anochecer. Entre las manos de Almudena, hay una humeante taza de café. Lo sabe no solo por el color del líquido, sino por el olor que desprende.

Almudena gira la cabeza, y observa a su acompañante, que mira al frente, sujetando una taza entre sus manos.

—¿En qué piensas? —pregunta él de repente.

Ella se encoje de hombros.

—En nada en particular.

Él se apoya en el respaldo de la silla, y respira hondo.

—Se está bien aquí ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí. Me encanta ver el atardecer.

—A mí también. Es mi momento favorito del día. Desde que era pequeño, siempre me quedaba mirando los colores que aparecen en el cielo cada vez que el sol se esconde.

—Sí, parece que alguien los ha pintado.

—Me relajo al instante cuando los contemplo, no sé por qué.

—¿Estás muy estresado?

Él suspira.

—Un poco. Tengo muchas cosas que hacer.

—Bueno, ahora solo tienes que relajarte y olvidarte de todo.

Él la dedica una tierna mirada.

—Siempre lo consigo cuando estoy contigo.

Ella sonríe tímidamente, y nota sus mejillas arder.

—A mí también me pasa. Con esas miradas que me echas, pierdo la noción del tiempo y del espacio.

Él se ríe.

—¡Qué exagerada eres!

—¡Es verdad! Me gustan mucho tus ojos. Son preciosos.

Él entonces se acerca más a ella, sin dejar de mirarla.

—A mí me gustan tus ojos también. Me pierdo en ellos siempre. Y en tus labios. Y en tu pelo, tan suave...—dice esto último en un susurro, mientras le acaricia un mechón.

Almudena cierra los ojos, y disfruta de su tacto, de su cercanía. No quiere despertar de ese sueño. En la realidad, es una mujer insegura, que se siente intranquila e infeliz debido a su situación.

En cambio, allí junto a él, es una Almudena distinta, feliz y despreocupada. Abre los ojos, y se pierde en la mirada de él. En ese instante, extiende los brazos, y le rodea la nuca con ellos, abrazándole.

Es dichosa entre los brazos de ese desconocido, al que tiene la impresión de conocer más que a ella misma. Su calidez hace que pierda el miedo y gane el arrojo para afrontar lo que le espera en

el mundo real.

—Siempre estaré a tu lado. Recuérdalo—le susurra él.

Almudena despierta, y se incorpora, apartándose el pelo de la cara. Otro sueño que la deja llena de dudas, para las que no tiene respuesta. Mira el reloj, y ve que son las seis de la mañana. Decide levantarse, porque ya no tiene ganas de seguir en la cama.

Lleva un pijama largo de lino, y como hace un poco de frío, en cuanto llega al salón, agarra una manta y se envuelve con ella. A continuación, va a la cocina, y prepara café. Después, se sirve una taza, y se sienta en el sofá.

El salón está en penumbra y el silencio es su único acompañante. Sin embargo, su soledad dura poco tiempo, porque aparece su padre por allí.

—Hija, ¿qué haces despierta tan temprano? —pregunta Ernesto, mientras se ata la bata.

Almudena se encoge de hombros.

—No tenía ganas de seguir durmiendo.

—¿Has desayunado?

—No, estoy con un café. Luego comeré algo.

Su padre va a la cocina, prepara unas tostadas, y se sirve café. A continuación, coge la bandeja con el desayuno, y la coloca encima de la pequeña mesa que hay frente al sofá.

—Venga, come algo, que no quiero que enfermes—la anima Ernesto.

Almudena coge una tostada, y la unta de mantequilla y mermelada de melocotón.

—¿Y cómo van las cosas con Belén?

Últimamente, Ernesto pasaba algunas noches en casa de Belén. Parece ser que ese amor que hubo años atrás había revivido, y con mucha fuerza.

—Muy bien. Estoy contento—responde él, sin esconder su sonrisa.

—Se te nota. Entonces, ¿vais en serio?

Ernesto asiente.

—Sí, hija, vamos en serio. Y mira que me resistí en su día. A veces me pregunto en qué narices estaba pensando.

—Bueno, entonces estabas dolido. Te habías separado, y no querías entregarte.

—He estado años resistiéndome a tener una relación seria, por miedo a que me hicieran daño. Sin embargo, creo que el destino me tenía preparada una sorpresa.

—¿Quieres decir que el destino quería que esperaras a Belén?

—Eso creo yo. No tengo otra explicación para eso. Belén ya no es la chiquilla que conocí entonces. Es una mujer que ha vivido mucho, y que ha sufrido igual que yo. Aunque me ha confesado que nunca pudo olvidarme.

—Es que eres inolvidable, papá—afirma, sonriente.

Él se ríe.

—Sí, eso me ha dicho ella. Y te confieso que yo tampoco la he olvidado.

—Mamá estaría muy feliz por ti.

—Lo sé, hija. Antes de irse, me pidió que fuera feliz. Seguro que la pobre se ha llevado más de un disgusto al verme sufrir.

—En el amor unas veces se gana y otras se pierde.

—Pues esta vez nos toca ganar ¿no crees?

Almudena asiente.

—Sí, aunque yo de momento no tengo nada a la vista.

—Bueno, tiempo al tiempo.

—Lo que más me preocupa es encontrar trabajo. Así podré independizarme otra vez. Porque

imagino que querrás formalizar las cosas con Belén.

Ernesto niega con la cabeza.

—Belén entiende perfectamente la situación, y no tenemos prisa. Ella os adora a los dos y no hay ningún problema. Y respecto al trabajo, lo encontrarás. Tú vales mucho, y estoy seguro de que pronto tu suerte cambiará. Recuerda que siempre estaré a tu lado para lo que necesites.

Almudena siente un cosquilleo en el estómago al escuchar esa última frase, que le ha recordado a alguien. En ese momento, deja su tostada en el plato, se levanta y se abalanza sobre su padre, dándole un sentido abrazo.

—Gracias, papá. ¡Eres el mejor padre del mundo!



*Horas más tarde...*

El restaurante Naroa, situado en el Barrio de Salamanca, estaba todavía patas arriba, preparándose para su apertura, que tendría lugar dentro de seis días.

La propietaria, Anna Hernani, es una de las cocineras más prestigiosas del país, hija también de otro cocinero famoso, Koldo Hernani. Durante los últimos seis años, ha trabajado en Bilbao a las órdenes de su padre, en el famoso restaurante Aiala, un establecimiento con dos estrellas Michelin.

Koldo Hernani es un hombre controlador y metódico, que no perdona los fallos, y que siempre ha subestimado las habilidades de su hija en la cocina. Cree que Anna es incapaz de superarle o de convertirse en su persona de confianza. Con su otra hija, Nekane, dejó de tener ese problema hace años, porque esta decidió estudiar un Grado en Trabajo Social, alejándose así de los fogones.

No obstante, Nekane siempre ha estado del lado de su hermana, y cuando esta decidió emprender el camino en solitario abriendo su propio restaurante, la acompañó a Madrid, y decidió ayudarla. No solo la acompañó Nekane, también algunos trabajadores del Aiala, como Xavi, de la misma edad que Anna, que ejerce de segundo jefe de cocina y se ha convertido en socio del negocio.

En este momento, Nekane, Xavi y Anna están hablando sobre la situación del Naroa, que corre el peligro de no inaugurarse a tiempo.

—Yo creo que papá ha enviado a Aitor para que te haga boicot—comenta Nekane, mirando al hombre que está en la entrada, ojeando papeles.

Aitor es uno de los hombres de confianza de su padre; es su jefe de sala en el Aiala, y lleva años trabajando para él. Ronda los cincuenta años, y es un tipo serio y maniático del control. Para él, todo tiene fallos.

—No digas tonterías, Nekane. Aitor está aquí para ayudarme. Tiene muchos años de experiencia—responde Anna, ajustándose la coleta que sujeta su pelo cobrizo.

—Yo creo que Nekane tiene razón, Anna. ¿No es un poco raro que aún no tengamos jefe de sala y que falten camareros? Todos los días viene un montón de gente a dejar el currículum y luego no llama a nadie—apunta Xavi.

—Lo hace porque quiere a los mejores—responde Anna.

—Pues más vale que se dé prisa en seleccionarlos, porque al final, no vas a poder abrir. Hermanita, lo que tienes de inteligente, lo tienes también de ingenua. Aquí hay un boicot orquestado por papá. No me extraña que mamá se separara de él. Es un manipulador y un tirano—asevera Nekane.



—¡Nekane, no digas esas cosas!

—¿Miento, Xavi? —pregunta Nekane, mirándole.

Xavi pone las manos en alto y niega con la cabeza.

—A mí no me metáis en vuestras riñas familiares.

Nekane sonrío con picardía.

—Anda que no te gustaría a ti entrar en la familia, gracias a una que yo me sé...

Xavi le dedica una mirada de advertencia, mientras Anna los observa con gesto interrogante.

—¿Qué has querido decir con eso?

Nekane carraspea y se revuelve en el asiento.

—Nada, cosas mías.

En ese momento, Almudena se detiene delante del enorme ventanal del restaurante, en el que puede leerse <<Restaurante Naroa>>, y donde hay un cartel que pone <<Se busca personal>>. Decidida, entra en el local, que está lleno de carpinteros, albañiles y pintores que lo están poniendo todo a punto.

Justo delante de ella, hay un mostrador, y detrás del mismo, un hombre ojeando unos papeles. Almudena se acerca, y enseguida, el hombre alza la vista, sin perder su gesto serio.

—Buenos días, caballero—le saluda Almudena.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla? —pregunta él, mirándola de arriba abajo.

Almudena saca uno de sus currículums de la carpeta que lleva con ella, y se lo entrega.

—Quería entregarle mi currículum. He visto que necesitan personal. Yo he trabajado como camarera y jefa de sala durante nueve años.

>>En mi currículum verá todos los detalles. También tengo una carta de recomendación de mi antiguo jefe, por si le interesa.

Él coge el papel, sin mirarlo, y lo pone sobre un montón de currículums.

—Muy bien, ya la llamaremos.

Almudena se indigna ante la actitud de ese caballero. Lleva recibiendo esa misma respuesta meses, y empezaba a estar cansada. Aquel hombre ni siquiera había ojeado la primera página. Y no estaba dispuesta a rendirse. Ya no.

—Oiga, ¿podría concederme una entrevista? Tengo experiencia, se lo aseguro. Puede ponerme a prueba si quiere...

El hombre resopla, lo que deja a Almudena un tanto perpleja.

—Señorita...

—Martín. Almudena Martín, lo pone en la primera página.

Él tuerce el gesto, sin dejar de mirarla con altivez.

—Señorita Martín, ya le he dicho que la llamaremos. Haga el favor de...

—¡Un momento, Aitor! —interviene Anna, llegando hasta ellos. Una vez se pone al lado de él, coge el currículum de Almudena y lo ojea—. Por favor, acompáñeme.

Almudena sonrío, triunfal, mientras Aitor pone gesto de indignación.

—Oye, Anna, pero ¿qué estás haciendo?

Anna le fulmina con la mirada.

—Lo que debí hacer hace tiempo, entrevistar yo misma al personal, y no dejarte a ti esa tarea. Por cierto, quiero que recojas tus cosas, y vuelvas a Bilbao. No quiero verte más.

Él se queda desconcertado ante la repentina decisión de Anna, pero enseguida responde con desprecio:

—Muy bien. Tú sabrás lo que haces.

A continuación, coge su abrigo, y sale del local dando grandes zancadas. Anna conduce a

Almudena hasta una de las mesas del comedor, y allí se sientan; mientras, Nekane y Xavi las observan con atención desde otra mesa.

—Bueno, ante todo, me presento: Soy Anna Hernani, la propietaria del restaurante.

—Encantada. Me llamo Almudena.

—Sí, Almudena Martín. Te he oído antes.

Almudena se muerde el labio inferior, nerviosa.

—Siento haberme puesto así con ese hombre...

—Descuida. Gracias a ti, me he quitado un peso de encima. Bueno, vamos a ver...

Anna lee con detenimiento el currículum de Almudena, y se queda sorprendida al leer un dato.

—¿Fuiste la jefa de sala del restaurante Olivar?

Almudena asiente.

—Sí. Trabajé allí nueve años, hasta que cerraron.

Anna no sale de su asombro.

—Me encantaba ese sitio. No sabía que lo habían cerrado.

—Fue hace un año. El antiguo dueño se jubiló, y dejó el restaurante a su sobrino, pero este no supo gestionarlo y tuvieron que cerrar.

—Vaya, ese sitio me encantaba. Cuando era pequeña y veníamos a Madrid, mi madre siempre nos llevaba. Era un restaurante muy familiar, y la comida estaba buenísima.

—Sí, era un buen sitio—afirma Almudena con nostalgia.

—Claro que llevaba sin ir muchos años. Así que no te vi nunca por allí.

—Tengo una carta de recomendación del dueño. De hecho, si quiere puede hablar con él directamente, aún conservo su teléfono.

Anna agita la mano.

—Descuida. No será necesario. Eres valiente, eso me gusta. Poca gente se enfrenta a Aitor.

—¿Tan malo es?

Anna se ríe.

—Es igualito a mi padre, parece que los separaron al nacer.

En ese instante, Almudena se da cuenta de algo.

—¡Un momento! ¿Su padre es Koldo Hernani?

Anna asiente.

—Sí, así es.

Almudena abre los ojos, sorprendida.

—Vaya, no me había dado cuenta.

—Mejor. Prefiero quitarme la etiqueta de hija de. Bueno, Almudena, lo cierto es que estoy muy impresionada y creo que vas a ser una buena incorporación a mi equipo. ¿Te interesa ser jefa de sala del Naroa?

Almudena sonríe.

—¡Por supuesto! ¡Puedo empezar ya mismo! —responde, entusiasmada.

Anna dibuja una sonrisa, y suspira, aliviada.

—Genial, me salvas la vida. La apertura es dentro de seis días. El restaurante tiene su propio uniforme, ahora mi hermana te dará uno de tu talla. Nada complicado ni llamativo, camisa oscura con el logo del local, y pantalones de vestir. Te daré hoy mismo la carta y la lista de ingredientes para que te los aprendas; y en estos días, te enseñaremos cómo funciona el sistema de reservas, el ordenador, la distribución de las mesas, y conocerás al resto del personal. Sé que es poco tiempo...

—No se preocupe, aprendo rápido.

—Estupendo. Y, por cierto, tutéame, por favor.

—¡Claro que sí!

—Bien, ahora voy a presentarte a mi hermana y a mi socio.

Anna les hace una indicación, y Nekane y Xavi se acercan a ella. A Almudena le llama la atención el tono morado del pelo de Nekane, que la saluda con una amplia sonrisa, y con un brillo de entusiasmo en sus ojos castaños.

—Es un placer, Almudena. Me ha encantado como has plantado cara al cretino de Aitor—dice Nekane.

—¡Nekane! —la riñe Anna, mirándola con reprobación.

La joven pone gesto de fastidio.

—¿¡Qué!?! Es verdad...

Anna suspira con resignación.

—Perdónala, Almudena, solo tiene diecinueve años y siempre habla de más.

Nekane le saca la lengua a su hermana, y se ríe.

—Encantado, y bienvenida al equipo—dice Xavi.

En claro contraste con Nekane, que lleva unos vaqueros y una camiseta del grupo Kiss, Xavi va impecablemente vestido con una camisa azul, pantalones de vestir, y el pelo oscuro muy corto.

—Gracias a los tres.

A continuación, Almudena sigue a Nekane a la zona de la cocina, donde hay un cuarto que sirve de vestuario. Allí hay varias cajas amontonadas, donde están los uniformes. Después de decirle su talla, Nekane le entrega una bolsa que contiene la prenda que deberá llevar al trabajo.

—¿Y dónde vives, Almudena? —pregunta Nekane, mientras salen del cuarto.

—En Quintana. ¿Y vosotras?

—Cerca de Nuevos Ministerios, en casa de nuestra madre, que se llama Naroa, como el restaurante.

Almudena asiente, pero no dice nada en respuesta.

—¿Y vives sola?

—No, vivo con mi padre y mi hermano. Antes compartía piso con mi novio, pero rompimos hace unos meses, después de quedarme sin trabajo.

Nekane tuerce el gesto.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Ya está superado.

—Me alegra oírlo, porque vamos a necesitarte al cien por cien para que esto sea un éxito.

—Estoy segura de que lo será. Tu hermana lleva la cocina en la sangre.

Nekane mira alrededor, comprobando que no hay nadie.

—¿Sabes? La sombra de mi padre es demasiado alargada. Ese con el que has discutido es uno de sus lacayos, y estaba intentando boicotear la inauguración.

—¿De verdad?

Nekane asiente.

—Como lo oyes. Verás, a mi padre no le hizo gracia que mi hermana dejara el restaurante para volar en solitario. Siempre la ha infravalorado. Por eso, quiero que esto sea un éxito, para que le dé en las narices.

—Haremos que sea un éxito, te lo prometo. Voy a darlo todo—asevera.

Nekane sonrío, satisfecha.

—¡Así se habla!

Después de conocer todas las condiciones y firmar el contrato, Almudena regresa a su casa con

una enorme sonrisa. Nada más entrar, va a la habitación de Daniel, que en ese momento está estudiando, y le da la buena nueva. Él, al escucharlo, salta de alegría y abraza a su hermana.

—¡Almu! ¡Sabía que lo conseguirías!

—Lo sé. Papá y tú siempre confiasteis en mí. Os debo mucho.

—Es que sabemos de lo que eres capaz. ¡Menuda estás hecha!

—Tenemos que celebrarlo. Voy a llamar a papá para contárselo, y salimos a cenar con Belén.

Cuando se lo contó a su padre, este saltó de alegría al otro lado de la línea; y horas más tarde, estaban los cuatro cenando en un restaurante cerca de casa, y brindando por el nuevo puesto de Almudena. Parece que la vida empezaba a sonreírle.

## Capítulo 7

Son las nueve de la noche, y Julen regresa a casa después de un día agotador. Está deseando cambiarse y cenar algo. Abre la puerta de su apartamento, y se encuentra con algo sorprendente. Hay pétalos de rosa tirados por el suelo, haciendo una especie de camino. Decide seguirlos, incitado por la curiosidad. Mientras se adentra en el pasillo, nota cómo su pulso se acelera.

Finalmente, llega a su habitación, que está iluminada con varias velas colocadas en distintos puntos de la estancia. Allí está ella, la mujer que le visita en sueños, vestida con un sugerente camisón de seda, sentada al borde de la cama, y mirándole de forma seductora.

—Buenas noches—le saluda con sensualidad.

Él nota cómo la boca se le seca, y apenas puede articular palabra.

—¿Qué...?

Ella alza la mano, y le indica que se acerque. Julen obedece, y llega al pie de la cama. Ella se incorpora hasta alcanzar sus labios, y le da un delicado beso, que hace que una cálida sensación recorra el cuerpo de Julen. Este la rodea con sus brazos, y la acerca más a él, al tiempo que introduce su lengua en su boca para profundizar el beso.

La suave tela se desliza entre sus dedos, y puede sentir el calor del cuerpo de ella. Se aparta un poco, y observa su rostro. Sus ojos azules están humedecidos por el deseo, y su boca le invita a repetir el beso.

Ella le empieza a desabrochar los botones de la camisa, mientras él se quita la chaqueta. En ese momento, la ropa le sobra, y se da prisa en desprenderse de ella. Cuando su torso está desnudo, ella acaricia su pecho con suavidad, y empieza a repartir besos por su cuello. Julen gime de placer, y se deja invadir por sus caricias. A continuación, se quita los pantalones y los calzoncillos, y se mete con ella bajo las sábanas.

Se coloca encima, y empieza a acariciarla con sus labios. Va deslizándose por su delicado cuello hasta llegar a su hombro. Aparta un tirante, y se deleita mordisqueando esa parte de su cuerpo tan suave. Ella gime, y él se excita aún más. Observa cómo sus pezones se han endurecido a través de la tela del camisón, y desliza el mismo hacia abajo. Entonces, contempla esos dos hermosos y pequeños montículos.

—Son pequeños...—dice ella, un poco avergonzada.

Él la mira con deseo.

—Son perfectos—responde con voz aterciopelada.

A continuación, lame uno de sus pezones, y ella se estremece. Los mordisqueea y los acaricia con su lengua, mientras ella se arquea, invadida por el placer.

Julen retira el resto del camisón, desliza su mano hasta llegar a su vientre, le quita las bragas de encaje que lleva puestas, e introduce dos de sus dedos entre los pliegues de su sexo. Ella alza las caderas, dándole mayor acceso, y él acaricia su clítoris, haciendo que pronto ella alcance el orgasmo. Puede sentir una deliciosa humedad en sus dedos, señal de que ella está lista para recibirle.

Se coloca encima, y entonces, se introduce en ella despacio, deleitándose con su estrechez. Julen emite un gemido, y se abraza más a ella, sintiendo su piel bajo la suya.

Poco a poco, empieza a subir el ritmo de sus embestidas, que cada vez son más rápidas. Ella grita de placer, y él siente que está a punto de tocar el cielo. No quiere alejarse de esos brazos, de ese cuerpo tan delicado, de esa mujer que le hace tan feliz. Ella se aferra a su espalda, y rodea con

sus piernas sus caderas. Julen está a punto de estallar, no aguanta más.

—Voy a...

Ella asiente, y le besa en los labios con pasión.

—Hagámoslo juntos.

Y finalmente, llegan al clímax, y Julen se derrumba sobre ella. Sonríe, dichoso. No hay mejor lugar en el mundo que los brazos de ella.

Se despierta sobresaltado, con la frente empapada de sudor y la respiración agitada. Mira hacia abajo, y observa que sus partes bajas están muy animadas. Se levanta, y va al baño. Allí abre el grifo y empapa su cara con agua helada. Cierra los ojos y respira hondo, tratando de serenarse.

Ese sueño parecía muy real. De hecho, aún podía sentir la calidez de ella en su cuerpo. Necesitaba hablar de esto con alguien.

A media mañana, Julen está atareado respondiendo unos e-mails, cuando alguien llama a la puerta de su despacho.

—¡Buenos días, querido Julen! ¿No te parece que el sol brilla más hoy? —le saluda Jon, risueño.

Julen frunce el ceño, y mira por la ventana. Comprueba que el cielo está nublado y que el sol no se asoma por ninguna parte.

—Pero si está nublado...

Jon se sienta delante de su escritorio, y mira por la ventana.

—Vaya, será el amor, que me hace ver otra realidad mucho más bonita—comenta, alegre.

Julen no puede evitar reírse.

—¿Qué te trae por aquí?

Jon suspira, enamorado.

—He venido a invitarte a un café para celebrar que ya he terminado mi manuscrito, y de paso... Bueno, aprovecho para ver a Carolina.

Julen alza una ceja.

—¿Tu manuscrito? Si no me has enviado nada.

Jon abre mucho los ojos.

—¿Cómo que no te he enviado nada? ¡Si te lo envié anoche!

Julen busca entre los e-mails recibidos, y efectivamente, el manuscrito está ahí. Entonces, suspira, un tanto abatido.

—Perdona, no lo había visto. Llevo una mañana de locos.

Jon inclina la cabeza, y le observa con atención.

—¿Estás bien? Te noto un poco tenso...

Julen se echa el pelo hacia atrás.

—Pues sí, la verdad, estoy dándole vueltas a un tema, pero no sé qué hacer.

—Cuéntame, a lo mejor puedo ayudarte.

Julen tuerce el gesto, y le dedica una mirada dubitativa.

—Vale, mira, quedamos luego para comer, y te lo cuento tranquilamente. Ahora estoy muy liado.

Jon asiente.

—Sin problema. ¿A qué hora paso a recogerte?

—Quedamos a las dos abajo, en el vestíbulo.

—Pues nada, aprovecharé el momento para ir a ver a mi preciosa Carolina.

Julen sonrío.

—No tienes remedio. ¿Cómo va la cosa?

—Bueno, de momento, solo hemos salido a cenar una noche, y se me está resistiendo un

poquito...

—¿Ah sí? Pero si las vuelves locas a todas.

—Carolina es un hueso duro de roer. Salimos a cenar, y cuando la dejé en su casa, no me dejó subir a tomar la última.

—Entonces, la cosa va en serio...

Jon suspira.

—Me temo que sí. Esa mujer me vuelve loco. Es tan especial. Creo que no he conocido a ninguna como ella.

—Espero que no sea otro enamoramiento pasajero de los tuyos. No quiero que la hagas daño—le advierte.

—¡Eso ni pensarlo! ¡Con mi Carolina al fin del mundo! Ahora solo necesito que ella me deje robarle el corazón. Bueno, luego te veo.

Dicho esto, Jon sale del despacho, y va a buscar a Carolina, que está en el suyo, sumergida en una montaña de trabajo. Julen se queda mirando la silla que Jon ha dejado libre. Carolina y Jon, ¿quién iba a pensarlo?

Respira hondo, y se apoya en el respaldo de la silla. Ya estaba decidido. Le contaría todo a Jon, con la esperanza de que su amigo le ayudara a encontrar respuestas.

Horas más tarde, ya están los dos sentados delante de la mesa de un restaurante cercano, al que Julen suele ir a comer cada día.

—Bueno, cuéntame. Soy todo oídos—le insta Jon.

Julen respira hondo.

—Verás, últimamente, estoy teniendo sueños extraños. Bueno, lo cierto es que son muy agradables. En ellos, aparece una mujer con el pelo castaño, los ojos azules, delgada, y con una sonrisa preciosa—explica—. En los sueños, los dos somos pareja. Hacemos una vida de novios, como si lleváramos mucho tiempo siéndolo.

—¿Y de qué conoces a esa mujer? ¿Sabes cómo se llama?

Julen niega con la cabeza.

—Eso es lo más extraño. No la he visto en mi vida, Jon. Ni siquiera sé su nombre.

Jon se queda un poco sorprendido.

—Eso sí que es extraño. Podría ser alguien que has visto alguna vez. A lo mejor te has cruzado con ella.

—No, he intentado hacer memoria, pero no he conocido a ninguna mujer así.

Jon acaricia su mentón, pensativo.

—Y dices que en los sueños sois pareja.

—Sí. Nos besamos, paseamos agarrados de la mano, hablamos, e incluso hacemos...

Jon le mira fijamente.

—Tenéis relaciones sexuales.

Julen agacha la mirada, un poco avergonzado.

—Sí...

—Y deduzco que te lo has pasado muy bien en esos sueños. No tengas vergüenza. Yo he tenido fantasías con muchas mujeres a las que no conozco, como Sofia Loren o Sandra Bullock.

—Jon, esta no es una actriz de cine. Es una completa desconocida.

Jon se encoge de hombros.

—Bueno, un montón de gente tiene relaciones sexuales con desconocidos, y no se acaba el mundo por eso. La cuestión es, ¿por qué aparece esa mujer en tus sueños?

—Eso quisiera saber yo. Al principio pensé que era una fase. Todo empezó cuando las cosas

con Verónica comenzaron a ir mal. No le di importancia entonces, porque aquellos sueños fueron una vía de escape que me hacía levantar el ánimo. Pero poco a poco, la cosa ha ido a más. Cuando estoy con ella en los sueños, me siento muy feliz, Jon. Me encanta estar con ella, abrazarla, besarla. De hecho, no solo pienso en ella en sueños...

—Ahora entiendo por qué me preguntaste, si me había enamorado alguna vez de alguien a quien nunca he visto. Entonces, ¿estás enamorado de ella?

Julen le mira con gesto dubitativo.

—¿Te parecería una locura que dijera que sí?

Jon dibuja una sonrisa ladeada.

—En absoluto. De hecho, tengo la impresión de que esto tiene un significado muy profundo. Quizás tu alma gemela esté perdida, buscándote, y los sueños son la única manera que tiene de comunicarse contigo.

Julen suspira, abatido.

—No lo sé. Yo sí que estoy perdido con este tema.

—Tranquilo. Echaré un vistazo a mi biblioteca, tengo libros sobre sueños, vidas pasadas. Algo encontraré. Mientras tanto, intenta hacer memoria. Estoy seguro de que esa mujer no sale de la nada.

Julen sonrío, aliviado.

—Gracias, Jon.

—No hay que darlas. Pero no pierdas detalle de las cosas que aparezcan en los sueños. Quizás ahí encuentres una pista para llegar hasta ella.



## Capítulo 8

Llegó el fin de semana, y Julen fue a comer a casa de sus padres, en Rivas- Vaciamadrid, un municipio que está a unos treinta minutos en coche de la capital.

Hoy hacía sol, y algo de calor, así que deciden disfrutar de la comida familiar en el jardín de la casa.

Julen era hijo único, el orgullo de sus padres, Jaime y Susana. Su padre trabajaba como administrativo en un centro de salud, y su madre era profesora de primaria en un colegio del municipio. Julen había heredado de ella sus ojos verdes grisáceos y el pelo rubio oscuro de su padre.

Después de poner la mesa entre su padre y él, y tras servir los platos de paella que Susana ha preparado, los tres se sientan cómodamente a charlar.

—Hijo, qué guapo estás. Te veo muy bien—afirma Susana.

—Gracias, mamá.

—¿Cómo estás con el tema de Verónica? —pregunta ella, preocupada.

Julen sonríe tímidamente.

—Todo bien. Está superado. Ya sabéis que las cosas entre nosotros no funcionaban del todo.

—Pues mejor romper que seguir amargado, hijo—comenta Jaime.

Julen omitió ciertos detalles del asunto, como el hecho de que Verónica le había engañado con otro. Prefería que creyeran que la ruptura se había producido porque ambos se habían dejado de querer. Aunque en realidad, aquella era la razón principal.

—Tú ahora lo que tienes que hacer es centrarte en tus cosas, y ya aparecerá una chica maja—apunta Susana.

Julen agacha la mirada y se muerde el labio inferior.

—Bueno, en realidad...

Sus padres le miran, expectantes, hasta que su madre entiende lo que ocurre y sonríe.

—Así que hay alguien—comenta ella.

Julen se encoge de hombros.

—Podría decirse que sí.

—Hijo, esa no es una respuesta. ¿Hay alguien o no? —inquire Jaime.

—Hay alguien, pero todavía no hay nada seguro.

—Entonces, no nos cuentes más, que se puede estropear. Cuando todo esté claro, y vosotros os entendáis, ya hablaremos. Hasta entonces, es cosa vuestra—dice Susana.

Julen da la callada por respuesta, y se limita a sonreír. ¿Cómo explicarles que hay alguien que está empezando a ser realmente importante en su vida, pero que todavía no sabe quién es?

Tras regresar a casa, recibe una llamada de Jon.

—¿Estás en casa? —pregunta.

—Sí, acabo de llegar.

—Perfecto. Tengo que enseñarte una cosa. He conseguido información sobre el tema del que hablamos. Prepara mucho café, en diez minutos estoy ahí.

Jon cuelga, y diez minutos después, se presenta en casa de Julen con un montón de libros y apuntes.

—Bueno, aquí está toda la información que he podido encontrar.

Julen se sienta a su lado en el sofá, mientras le entrega una taza de café. Observa todo el montón

de papeles que trae, donde pueden verse esquemas, párrafos y frases sueltas. Parecen jeroglíficos indescifrables.

—He consultado varios libros que tratan el tema de los sueños y su interpretación. Me ayudó mucho para crear los sueños que tiene el protagonista de mi novela Arma criminal; creo que es un buen comienzo, y deberías echarle un vistazo, al menos para intentar entender el significado. Luego, he estado leyendo sobre vidas pasadas, destino, leyenda del hilo rojo...

Julen estaba empezando a agobiarse con tanta información.

—Por favor, más despacio.

Jon coge uno de los papeles, y lee lo que pone.

—Veamos. Esta es mi primera teoría: Reencarnación. Sois dos amantes reencarnados en diferentes cuerpos y en sitios distintos, y vuestro subconsciente os está guiando para encontraros.

Julen tuerce el gesto.

—No sé...

Jon le detiene con un gesto de la mano.

—Espera, que esto es solo el principio. Segunda teoría: El hilo rojo del destino. Según una leyenda japonesa, todos los seres humanos tenemos atado en el dedo meñique de la mano un hilo rojo que está unido a otro extremo, y al final de ese extremo, está nuestra persona destinada. Una fuerza mística está tirando del hilo rojo, indicándote que esa mujer es la que está en el otro extremo.

Julen tuerce el gesto de nuevo.

—Creo que me parece más creíble la teoría de la reencarnación.

—Sí, lo cierto es que la segunda no me la he trabajado mucho. Y tercera y última, por ahora: Has visto a esa mujer antes. Durante un instante, unos segundos, en algún momento de tu vida; pero no le diste importancia entonces, porque quizás fue un encuentro insignificante. Sin embargo, tu subconsciente te está diciendo que ese encuentro fue importante. Y aquí va mi conclusión: esos sueños podrían ser recuerdos reales de algo que has vivido, pero no en este tiempo, ni en esta dimensión.

Julen frunce el ceño, pensativo.

—¿Recuerdos de algo que he vivido? ¿Cómo una especie de línea temporal paralela?

—¡Eso es! Debido a la modificación de un elemento en el pasado, se abren distintas líneas temporales, donde tú eres un Julen distinto. A lo mejor ni siquiera trabajas como editor, y eres carpintero, por ejemplo.

—No sé, Jon, esto no lo veo.

—Piensa en ello. A lo mejor te encontraste con ella una vez, y tu comportamiento al verla provocó que no significara nada en tu vida, y que fuera una circunstancia insignificante. Pero ¿y si tu actitud hubiera sido diferente?

Julen considera esto durante unos segundos. ¿Y si la teoría de Jon era cierta?

—Si eso es así, a lo mejor ella no existe en esta línea temporal.

—Bueno, eso no tiene por qué ser así. A lo mejor existe, pero vive en otra ciudad, o en otro país. Lo que tengo claro, es que la has visto antes, aunque no lo recuerdes. Por eso es importante que hagas memoria.

Julen se echa el pelo hacia atrás, se levanta, y se pasea por la habitación.

—Ya lo he hecho, Jon, créeme. Y no hay forma. Parece que estoy atrapado en un callejón sin salida.

—Bueno, no te desesperes ni fuerces la maquinaria. Estás destinado a encontrarla, y lo harás. Aunque tardes. Mientras, a seguir soñando.

Es un día cualquiera, rutinario, sin nada destacable. Julen baja al vestíbulo del edificio de la editorial, y allí está ella, esperándole, al pie de la escalera. Él sonrío, y se acerca. En cuanto se encuentran, ella le da un tímido beso en los labios, pero él la abraza, y la besa con pasión. Necesitaba tocarla, perderse entre sus brazos.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta ella, risueña.

—Bien, mucho trabajo. ¿Y tú?

—También, mucho trabajo. Ven, vamos a dar un paseo, que hace una tarde estupenda, y así te relajas.

Ella le agarra de la mano, y Julen siente su calidez entre sus dedos. Caminan juntos, en silencio, aunque Julen no se siente incómodo. Andar a su lado le parece algo natural.

—Me encanta Madrid a finales de la primavera. Ya se acerca el verano, y la gente parece estar más alegre—comenta ella.

—Sí, la época de la operación bikini, las piscinas, los amores de verano...

Ella se ríe.

—¿Has tenido muchos amores de verano?

—Unos cuantos. Siempre he sido irresistible—afirma con un deje chulesco y divertido—. ¿Y tú?

Ella niega con la cabeza, algo que sorprende a Julen.

—No, lo cierto es que nunca he tenido un amor de verano.

—¡Venga ya!

—¡En serio! Nunca. De hecho, mi primer novio lo tuve a los dieciocho. Antes no había salido con ningún chico ni nada.

—Pues no lo puedo entender. Eres preciosa, y estoy seguro de que has robado muchos corazones.

Ella sonrío, y Julen siente como su corazón late a toda velocidad.

—Eso lo dices porque me quieres. Todavía no sé lo que viste en mí.

Julen se pregunta lo mismo. ¿Qué vio en ella? Enseguida, no sabe por qué, encuentra la respuesta.

—Me gusta tu forma de ser: Eres amable, simpática, inteligente. Contigo siento que puedo hablar de cualquier cosa, contarte lo que sea, o ni siquiera eso. Me entiendes y sabes cómo me siento, aunque no use las palabras. Además, eres apasionada y valiente, y siempre te entregas al máximo, aunque eso pueda perjudicarte. Y me encanta cuando me abrazas, cuando me acaricias y me besas. Siempre eres cariñosa y dulce, y eso me vuelve loco. Hace que me vuelva adicto a ti—asevera él, mirándola de forma seductora.

Tras decir esto, Julen observa que ella tiene los ojos humedecidos, y en ese instante, se abalanza sobre él, y lo abraza con fuerza. Él la rodea con sus brazos, y entierra la cara en su cuello.

—Te quiero, Julen—dice ella, emocionada.

Él cierra los ojos. Desea quedarse atrapado en ese sueño para siempre.

Suena el despertador, y Julen lanza un suspiro malhumorado. Otra vez se levantaba lleno de dudas, sin respuesta alguna. ¿Cómo iba a fijarse en otros detalles del sueño, si solo era capaz de mirarla a ella? Esa mujer lo volvía loco. Sí, estaba perdidamente enamorado de una ilusión, porque eso es lo que era.

A media mañana, Carolina pasa a hacerle una visita a su despacho. Julen se fija en su semblante resplandeciente y risueño. Parece realmente contenta. Se sienta delante de su escritorio, y le entrega una taza de café.

—Venga, descansa un poco.

Él deja lo que está escribiendo en el ordenador, agarra la taza de café, y apoya su espalda en el respaldo de la silla.

—¿Mucho lío? —pregunta ella, antes de dar un sorbo a su café.

—Bastante. Pero poco a poco, la cosa marcha.

—Yo estoy igual, aunque llegaremos con todo preparado a tiempo. Prácticamente tengo todo confirmado y cerrado.

—Eso es estupendo. Bueno, ¿y qué tal con Jon? —inquire él, mirándola fijamente con una sonrisa ladeada.

Ella agacha la mirada, y da vueltas a su café con una cucharilla de plástico.

—¿Qué pasa con él?

Julen alza una ceja, y ella se ríe.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Ese hombre me tiene loca!

—¿De verdad?

Ella asiente.

—Es maravilloso. Aunque admito que al principio tuve mis reservas.

—¿Y eso?

Carolina tuerce el gesto.

—Porque tiene fama de mujeriego.

—Pensé que no querías nada serio después de tu divorcio.

Carolina suspira con resignación.

—Eso pensaba yo. Pero me da a mí que estoy más chapada a la antigua de lo que creía. He intentado salir con hombres, y no pasar de un rollo de una noche. Sin embargo, no soy capaz, Julen. Yo quiero tener a alguien con quien compartirlo todo, no solo la cama.

—Entiendo lo que quieres decir. ¿Y con Jon vas en serio?

—Para mi sorpresa, sí. Ya te digo que tenía mis reservas y le paré los pies. En nuestra primera cita, noté que quería que le invitara a subir a casa. Durante la cena había estado muy meloso, y le vi las intenciones. Pero yo no le dejé, y creo que eso encendió la chispa. Ahí se dio cuenta de que yo no era otro de sus líos.

—Él me ha dicho que está colado por ti.

Ella sonrío.

—Sí, me lo ha dicho a mí también. En la segunda cita, le dejé subir, y... Bueno, solo te diré que nunca he tenido una experiencia así. Fue mágico—afirma, soñadora.

—Entonces, todo bien en ese aspecto...

—En todos los aspectos. Jon es un hombre increíble. Con él me siento viva, Julen, como una quinceañera.

Julen sonrío, contento.

—No sabes lo que me alegro por vosotros. Jon estuvo muchos años dando tumbos, ha tenido mala suerte. Es genial que os hayáis encontrado.

—Sí, aunque estoy enfadada contigo, porque este fin de semana, me lo has robado un poquito. Me dijo que tenía que buscar información para ti, y el sábado no le vi. Aunque el domingo no me dejó salir de la cama...—dice con picardía.

Julen se ríe.

—Lo siento. Aunque si lo piensas, recuperó el tiempo perdido.

—Desde luego que sí. Por cierto, me habló de lo tuyo. Ya sabes, lo de los sueños con esa chica.

Julen se pone serio, y se revuelve incómodo.

—No me hace gracia que lo vaya pregonando.

—No te enfades. Le presioné un poquito para que me lo contara. ¿Por qué no me lo dijiste?

Julen suspira.

—Porque no sabía si ibas a pensar que estoy mal de la cabeza.

—En absoluto, Julen. Te conozco desde hace años, y jamás pensaría eso de ti. Aunque lo primero que pensé cuando Jon me lo contó, es que lo había sacado de una novela romántica.

—Encima con bromitas—comenta él, un poco molesto.

—No es ninguna broma. Hay muchas novelas románticas que tratan el tema de los sueños, la reencarnación, los viajes en el tiempo. Estoy familiarizada con estas cosas. A lo mejor deberías haberme consultado a mí primero.

—Tienes razón. La verdad es que no lo pensé. Este tema me trae de cabeza, no sé muy bien cómo afrontarlo, Carol.

—Bueno, no te preocupes, alguna respuesta encontraremos. Si necesitas ayuda, lo que sea, dímelo ¿de acuerdo?

Julen sonríe y asiente.

—Gracias.

—Espero que pronto podáis encontraros. Lo deseo de corazón.

—¿Crees que la encontraré?

Carolina considera la respuesta unos segundos.

—Sí, creo que sí. Esa mujer está esperando en alguna parte a que la encuentres.

## Capítulo 9

Hoy es el gran día; la apertura del restaurante Naroa está a punto de tener lugar. Está todo preparado: el personal en sus puestos, los fogones encendidos, y Almudena está frente al mostrador para recibir a los clientes. Va impecable con su pelo recogido en un elegante moño, una base de maquillaje ligera, un poco de rímel, colorete, y sombra rosa tenue, con pintalabios del mismo tono.

Está un poco nerviosa, pero dispuesta a darlo todo para que la apertura sea un éxito. Son las ocho y media, y ya entran los primeros clientes. Almudena los recibe con una sonrisa, y los acompaña a sus respectivas mesas.

Esa noche no hay sitio en el restaurante, porque todas las mesas están reservadas. Los camareros trabajan a destajo, y sirven la comida a toda velocidad. Entre ellos está Nekane, que atiende las mesas con gran maestría. Su pelo oscuro con reflejos morados está recogido en una coleta, y su imagen roquera ha desaparecido por completo.

Almudena se siente muy cómoda, porque la sintonía con el resto del personal es fantástica. Trabajan en equipo con una coordinación perfecta, y ella mantiene todo bajo control. Con Xavi y Anna al mando, la cocina funciona a las mil maravillas, y los clientes solo tienen buenas palabras para la comida y el servicio.

La madre de Anna y Nekane, Naroa, que está sentada en una mesa, acompañada de una amiga, es testigo del éxito de la apertura. Todas las felicitaciones y comentarios positivos llegan a oídos de Anna, que, hasta hace poco, estaba verdaderamente asustada ante el desafío que suponía realizar su primer vuelo en solitario.

Finalmente, llega la hora del cierre, y es cuando empieza la verdadera celebración. Xavi saca una botella de cava, la abre, lanzando el tapón al aire, y sirve copas a todos.

—¡Por el Naroa! —dice Anna.

Todos brindan, y toman un sorbo de cava. De repente, Xavi le da un apasionado beso a Anna en los labios. Ella se queda un poco desconcertada por el gesto repentino, aunque no le molesta en absoluto. Lleva muchos años ocultando su amor por Xavi.

—Pero que... —consigue decir.

—Mira, ahora que tu padre no está aquí, y que somos independientes, voy a dejar de esconderme y te voy a confesar delante de todos que estoy enamorado de ti, Anna. Y quiero que vayamos en serio—declara él con una sonrisa.

Ella le devuelve el gesto.

—Llevaba mucho tiempo esperando esto. Te quiero, Xavi.

Al instante, le rodea la nuca con sus brazos, y le da un apasionado beso, sin importarle el resto del mundo. Todos aplauden y les vitorean. A partir de entonces, la pareja no se separará.

—Verás cuando tu padre se entere del éxito de la apertura. Le va a dar algo—comenta Naroa.

—Estoy deseando que se entere—asevera Anna.

—Lástima que no podamos ver su reacción. Yo nunca tuve dudas de tu éxito, hermanita—afirma Nekane.

Minutos después, suena el teléfono de Almudena. Es Dani, que está fuera del restaurante esperándola para volver a casa juntos. Habían quedado en verse allí, después de que él saliera de la biblioteca de la universidad, que había ampliado el horario debido a la época de exámenes.

Almudena se acerca a la puerta, que está cerrada con llave, y la abre, permitiendo que Daniel

entre en el local.

—Este es Daniel, mi hermano—dice Almudena dirigiéndose a los presentes.

Daniel asiente y dibuja una tímida sonrisa.

—Encantado.

Todos le saludan, y Almudena invita a Daniel a acercarse al grupo y tomar una copa de cava. En ese instante, se queda paralizado al fijarse en una chica que le sonrío. Tiene un color de pelo peculiar pero muy bonito.

Nekane le mira con sus preciosos ojos castaños, y él siente cómo su pulso se acelera.

—Hola, soy Nekane. ¿Quieres un poco? —pregunta, ofreciéndole una copa de cava.

Él sonrío, y ella siente un cosquilleo en el estómago.

—Sí, gracias.

A partir de ese momento, no se apartan el uno del otro. Almudena se da cuenta del flechazo, y les deja un poco de intimidad para que hablen. Está muy contenta, como no lo había estado en mucho tiempo. No había perdido un ápice de sus cualidades como jefa de sala, y todo había salido bien.

Por fin podía decir que tenía un empleo fijo, y, además, se había sorprendido al comprobar lo fácil que era trabajar con sus nuevos compañeros. Anna, a pesar de su carácter reservado, era una jefa entregada y disciplinada, con un talento innato para la cocina. No podía haber encontrado un trabajo mejor.

Daniel y ella regresaron a casa, y Almudena observó como su hermano no dejaba de sonrío.

—Te veo contento.

Daniel la mira, ensimismado.

—Sí, lo estoy.

—Has hablado mucho con Nekane.

Daniel se encoge de hombros, sin perder la sonrisa.

—Sí, hemos hablado mucho. ¿Sabes que está en su segundo año de universidad y que estudia en la Autónoma como yo?

—No lo sabía. Eso está muy bien, así podréis veros allí.

—Ya me ha dado su número, y quedaremos un día de estos para tomar algo.

Almudena se ríe.

—¡Aquí el que no corre, vuela!



Almudena está duchándose. El agua caliente se desliza por su piel, mientras enjabona su cuerpo. Tiene los ojos cerrados, y se deleita con la calidez del agua. De repente, siente una presencia a su espalda.

—¿Me dejas enjabonarte? —pregunta él, susurrándole al oído con voz sensual.

Almudena sonrío y se da la vuelta. Entonces, se encuentra con él, desnudo y mirándola con deseo. Esto provoca calor en su vientre, y que su respiración se agite.

—Mejor te enjabono yo a ti...

Coge un poco de jabón, y lo distribuye por el pecho, los hombros y los brazos, dando suaves y seductoras caricias. Él respira hondo y cierra los ojos. Ella desliza su mano hasta llegar a su vientre, y ahí nota su erección.

Acaricia con su mano enjabonada su miembro, y él gime de placer mientras su erección crece. Entonces, Almudena coge la alcachofa de la ducha, quita el jabón, y después, acerca sus labios a su torso, y empieza a repartir dulces besos. Llega abajo, e introduce el miembro de él en su boca.

Él emite un gruñido de placer, y agarra el pelo de ella con suavidad. Mientras, Almudena empieza a acariciar con su lengua la piel de su miembro. Él gime, algo que la excita y hace que empiece a notar su sexo mojado.

—Para, por favor...—le pide él con la voz entrecortada.

Ella obedece, se pone en pie, y él devora su boca con ansia, mientras la abraza. A continuación, se aparta un poco, baja hasta su pecho, se mete uno de los pezones de ella en la boca, y empieza a acariciarlo con su lengua, algo que la hace estremecer.

Enseguida, se desliza hasta su sexo, y entierra su boca en sus pliegues, acariciando con su lengua el clítoris. Varias sacudidas de placer invaden el cuerpo de Almudena, y la hacen retorcerse y mover las caderas. Él la agarra del trasero, acercándola más a su boca.

Finalmente, ella alcanza el orgasmo, y entonces, él se levanta, y vuelve a besarla en los labios. Almudena da un salto, y rodea la cadera de él con sus piernas. Él entra dentro de ella sin problemas, y empieza a embestirla.

Los dos gimen, se miran a los ojos, y se pierden el uno en el otro, mientras el placer les invade por completo y el agua se desliza por sus cuerpos.

Alcanzan el clímax juntos, exhaustos y sonrientes. Después, salen de la ducha, y se tumban en la cama. Él está encima de ella, y la contempla, ensimismado. Almudena acaricia su mentón, y observa sus ojos.

—Tienes unos ojos preciosos—comenta—. Son verdes, pero con tonos grises ¿verdad?

Él sonríe.

—Sí, es verde grisáceo. Es un color peculiar.

—Me perdería en ellos para siempre.

Él le da un beso en los labios.

—Me encantaría que lo hicieras.

Almudena se despierta, y nota su frente sudorosa. Hace un poco de calor, aunque tiene la sensación de que ese sueño ha hecho que su temperatura corporal suba hasta límites insospechados.

Va al baño, se refresca un poco, y decide ir al salón. Se sienta en el sofá, y mira el reloj que hay en una estantería; son las dos de la mañana, y a pesar de eso, no tiene ganas de volver a dormirse.

En ese momento, se abre la puerta principal, y entra Daniel de forma sigilosa. Sin embargo, ve a su hermana, y se sobresalta.

—¡Almu! ¿Qué haces despierta?

—Me he desvelado. ¿Qué tal con Nekane?

Esa noche, Nekane y él habían salido a cenar, y después habían ido a un club a tomar algo. Daniel sonríe, y se sienta al lado de su hermana.

—Muy bien. Es una chica fantástica.

Almudena esboza una sonrisa, y le da un golpecito en el brazo.

—Se te ve enamorado.

Daniel suspira, risueño.

—Y lo estoy. Hemos salido solo dos veces, pero es como si nos conociéramos de toda la vida. Es una chica única.

—Me alegro mucho, Dani.

—Gracias. Vamos despacio, pero la cosa marcha. Bueno, ¿y tú por qué te has desvelado?

Ella suspira.

—He tenido un sueño un poco... Bueno, fuerte.

Daniel se gira hacia ella y la mira con suspicacia.



—¿Una fantasía erótica?

Almudena abre mucho los ojos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Bueno, es que como has dicho fuerte... De todas formas, no te preocupes, es algo natural. Yo tengo fantasías eróticas con Nekane todos los días.

Almudena alza una ceja.

—Entonces, todavía no habéis...

—No, todavía no. Pero pronto lo haremos. Bueno, ¿y por qué te ha desvelado esa fantasía? ¿Era sadomasoquista o algo así?

Almudena se ríe.

—No, ni mucho menos. Ha sido increíble, la verdad.

—¿Entonces?

Almudena se muerde el labio inferior. ¿Qué pensaría su hermano si le contara que lleva mucho tiempo soñando con un desconocido?

—Es que no sé si contártelo.

—¡Vamos, Almu! ¡No me dejes así!

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Prometido.

—¿Y que no te reirás ni pensarás que estoy loca?

—Prometido. Aunque yo ya pienso que estás loca—afirma, divertido.

Ella se ríe, y a continuación, respira hondo.

—Llevo varios días, bueno, semanas en realidad, soñando con un desconocido.

Daniel la observa con interés.

—¿Un desconocido?

—Sí, alguien a quien no conozco de nada.

—¿Cómo un actor o un modelo?

—No, te digo que es alguien a quien nunca he visto. Ni siquiera me he cruzado con él por la calle.

—Vaya, eso sí que es raro. Pero si nunca le has visto, ¿cómo puedes saber cómo es?

—Esa es la pregunta que me llevo haciendo semanas. — Hace una breve pausa, y continúa—: El caso es que, en los sueños, ese hombre y yo somos pareja. Estamos enamorados y hacemos cosas juntos.

Daniel la mira, perplejo.

—Vale, estoy alucinando. ¿Y es con él con quién has tenido la fantasía?

—Sí. En los sueños nos besamos, nos acariciamos, hacemos el amor. Es como si lleváramos años haciendo lo mismo. ¿Y sabes lo más curioso?

—¿Qué?

—Que me siento muy feliz con él. Cada vez que lo veo en sueños, me siento contenta. Y creo que estoy empezando a enamorarme de él, Dani. De hecho, siempre estoy deseando cerrar los ojos, y ponerme a soñar con él.

Daniel no sale de su asombro ante lo que Almudena le cuenta.

—Madre mía, Almu, es increíble. No sé qué decirte. A ver, yo apoyo tu felicidad, pero no sé si esto es bueno. No es algo real.

—Eso es lo que me preocupa, que no es real. He intentado borrarlo de mi cabeza, pero siempre se cuela en mis sueños. Es como si no quisiera irse, como si quisiera decirme algo.

Daniel se acaricia el mentón, pensativo.

—Entiendo. Pero tengo una pregunta: ¿Estás segura de que no le has visto nunca?

Almudena niega con la cabeza.

—No, Dani, estoy convencida. Nunca me olvidaría de un hombre así.

—A lo mejor le has visto de pasada en algún sitio, y no te has dado cuenta. El cerebro retiene cosas nimias que pensamos que no nos van a servir, y luego nunca se sabe.

Almudena empieza a dudar.

—Sí, bueno, puede que sí.

—¿Sabes cómo se llama?

—No, ese es otro problema. No tengo ni idea.

Daniel suspira, pensativo.

—Entonces, no tenemos punto de partida, aunque si sabes cómo es, a lo mejor puedes buscarle.

—Daniel, ese hombre podría estar en cualquier parte—responde, desanimada—. Creo que lo mejor es que intente olvidarme de él, y me centre en otras cosas.

En ese momento, le da un beso en la mejilla a su hermano, se levanta, y regresa a su habitación. Antes de dormir, fija su vista en la oscuridad. Debía aceptar que ese hombre solo era producto de su imaginación.

A pesar de que su corazón le gritaba angustiado que no se rindiera, que no perdiera la esperanza, porque ese hombre era lo que siempre había buscado, Almudena empezaba a desanimarse.

Se abraza a la almohada, y recuerda la calidez de la piel de ese hombre, sus ojos verdes grisáceo. Ella querría perderse en ellos para siempre, pero eso no sería posible. Y debía aceptarlo.

Cierra los ojos, y al instante, unas tímidas lágrimas se deslizan por sus mejillas. ¿Por qué lloraba por un desconocido? ¿Por qué sentía ese dolor desgarrador al pensar que nunca llegaría a conocerle? ¿Por qué estaba empezando a enamorarse de él? Preguntas que se quedarán sin respuesta por ahora.

## Capítulo 10

Era sábado por la noche, y Julen tenía planes. Hoy iría a cenar con su vieja pandilla, a la que hacía meses que no veía. Como todos han estado ocupados con sus respectivos trabajos y familias, hasta ahora no habían podido quedar para verse y ponerse al día. Sin embargo, esa noche disfrutaría de una agradable cena en buena compañía.

Julen suspira, algo cansado, mientras se arregla delante del espejo. Había estado trabajando todo el día, ultimando los detalles para los eventos que la editorial organizaría durante la Feria del Libro.

El verano ya se dejaba notar en la calurosa noche madrileña, y por eso, Julen se había puesto una camisa azul de lino, y unos pantalones de vestir claros.

Su vieja pandilla, a los que conocía desde que era adolescente, estaba compuesta por Clara y Berto, Sonia y Javier, y Lorenzo y Sara. Los viejos amigos se habían ido uniendo a lo largo de los años y habían formado sólidas parejas. Julen era el único que seguía soltero y sin compromiso.

De vez en cuando, quedaban para verse, hablar y así olvidarse de sus problemas cotidianos. Aunque cada vez se reunían con menos frecuencia, ya que todos tenían hijos que les esperaban en casa, y era difícil ajustar las agendas.

Habían quedado en un restaurante del que Sara había oído hablar muy bien, y que llevaba abierto tres meses. Se trataba del restaurante Naroa, especializado en comida vasca tradicional con un toque moderno.

Lo cierto era que, después de tanto trabajo, Julen estaba deseando comer algo. Una vez arreglado, salió de casa, y se dirigió al punto de encuentro.

Veinte minutos después, atisba el restaurante a lo lejos, y observa que encima de la puerta de entrada hay un cartel enorme en el que puede leerse <<Restaurante Naroa>>. Nada más llegar, se encuentra con su pandilla, y los besos y los abrazos se suceden.

—¡Julen! ¡Qué guapo estás! —le dice Sonia con una sonrisa.

Él le devuelve el gesto.

—Tú sí que estás guapa.

—La ruptura le ha sentado bien—añade Javier.

Sonia le mira con reprobación, y Julen se ríe.

—Eso parece. Bueno, ¿entramos? ¡Me muero de hambre!

Julen sigue hablando con Sonia, mientras los demás caminan delante de ellos. Al entrar, notan enseguida la agradable temperatura, muy distinta al calor asfixiante del exterior. Hay una pequeña cola de gente esperando, aunque Sara ha hecho la reserva, y no tendrán problemas para sentarse.

En ese momento, Almudena está indicándole a unos clientes que pueden seguir a uno de los camareros hasta su mesa. Entonces, alza la vista, y se encuentra con un grupo de amigos.

—Buenas noches, y bienvenidos al Naroa. ¿En qué puedo servirles? —pregunta con una amable sonrisa.

—Buenas noches. Tenemos mesa reservada para siete—responde Sara.

—Dígame a nombre de quién está la reserva, por favor.

—Sara Guzmán, para las nueve y media.

Almudena busca en la lista y enseguida la encuentra.

—Perfecto. —Almudena pasea la vista por la sala, y enseguida, ve que Nekane se dirige hacia ella. Con una indicación de su mano, la insta a acercarse, y Nekane se pone a su lado—. Por favor,

Nekane, llévalos a la mesa doce.

Nekane asiente, y les sonrío.

—Por favor, acompáñenme.

Ellos la siguen, y Sara le da las gracias a Almudena. Ella sonrío, y fija su vista en la lista de reservas, mientras con un boli tacha las mesas ocupadas.

En ese instante, Julen pasa por delante de ella, sin mirarla, porque está hablando con Sonia.

Julen se fija en la decoración del local: Los colores claros comparten espacio con un tono burdeos muy agradable en las paredes, donde pueden verse algunos cuadros con fotos de paisajes, y lámparas modernas de papel repartidas por el techo. De fondo, se oye música clásica relajante, lo que da al lugar un ambiente relajante y cálido.

Durante el resto de la velada, Almudena atiende la zona de la entrada y organiza el trabajo, que esa noche es bastante intenso. En un momento dado, aparece delante de ella una pareja que espera mesa. La mujer estrecha la mirada y sonrío.

—¿Almudena?

Almudena abre mucho los ojos, sorprendida. Entonces, se fija bien en la mujer, y no puede evitar sonreír al reconocerla.

—¿¡Gemma!?! ¿Eres tú?

Las dos se miran, y acaban abrazándose, dando pequeños gritos de alegría. No obstante, Almudena frena rápidamente su entusiasmo, ya que está trabajando.

—¡Cuánto tiempo! Así que trabajas aquí.

Almudena asiente.

—Sí, soy jefa de sala. ¿Y tú cómo estás?

—Muy bien. Por cierto, te presento a Fabián, mi novio. Fabián, esta es Almudena, una amiga.

Fabián le estrecha la mano.

—Encantado.

—Igualmente. Bueno, ¿a nombre de quién está la reserva?

—Fabián Ramos—responde él.

Almudena busca el nombre en la lista y enseguida lo encuentra.

—Por favor, seguidme—les indica.

Entonces, coge unas cartas y les conduce a su mesa. Una vez están sentados, les entrega las cartas, y les dice las recomendaciones.

—Oye, tengo que dejaros, tenemos mucho lío. Pero antes de que os vayáis, pasad a despediros, y así intercambiamos los teléfonos.

Gemma sonrío.

—¡Hecho!

Mientras, en otra mesa cercana, Julen conversa con sus amigos.

—Nos quedamos de piedra cuando nos contaste lo del lío de Verónica. Jamás me lo habría imaginado—comenta Sara.

—Las cosas no iban bien entre nosotros de todas formas—apunta Julen.

—Mira, ahora que ya no estás con ella, te voy a ser sincero: No me caía bien. Me parecía una borde, pero no decía nada porque respetaba tu relación. Sin embargo, te aseguro que te has quitado un peso de encima—afirma Berto.

Julen se ríe.

—Sí, me he quitado un peso de encima. No era feliz.

—¿Y ahora lo eres? —inquiérese Sonia.

Julen la mira y se encoge de hombros.

—Estoy bien, eso es lo que importa.

—Bueno, pues si estás bien, no hay nada más que decir—responde Sonia, dándole una palmadita en el hombro.

—Cambiando de tema. ¿Sabéis a quién me encontré el otro día? —comenta Clara.

—¿A quién? —pregunta Sara.

—¡A Santi! ¿Os acordáis de él?

Todos abren mucho los ojos, sorprendidos. Santi era un amigo y vecino de Clara, que solía salir con ellos en el pasado. Era un tipo muy guapo, alto y moreno, que siempre estaba ligando. Era un auténtico mujeriego.

—Madre mía, hace años que no lo veo. ¿Y cómo le va? —pregunta Berto.

—Bien. Estaba de paso por Madrid. Me contó que lleva seis años viviendo en Londres. Se casó con una inglesa y tienen dos hijos. Trabaja para una empresa de marketing. Vamos, que le va bien.

—¿Sigue siendo tan creído y borde? —inquire Sonia con desdén.

—Bueno, tampoco he tenido tiempo de averiguarlo, porque hablamos cinco minutos. Tenía que llevar al peque a la guardería, e iba con el tiempo justo. Aunque recuerdo perfectamente que no le tragabas.

—Es que era un creído y un borde. Cada vez que íbamos a Kapital, siempre estaba liándola con las chicas, incluso con las que tenían novio. Aunque hubo un episodio que me hizo odiarle sobremanera—afirma Sonia, apretando la mandíbula.

—¿Te hizo algo? —inquirió Julen.

—A mí no, a una chica. Se portó como un indeseable con ella. Recuerdo que la había visto alguna vez en Kapital, solía ir mucho. Era muy tímida, y se notaba a kilómetros que le gustaba Santi, pero no se atrevía a acercarse.

>>Entonces, una noche, se acercó a él, y aunque intentó hablar, fue la amiga que siempre iba con ella la que dio el paso, y le comentó que la chica quería bailar con él. ¿Y sabéis lo que hizo? ¡Le dijo que no bailaba con feas! Y cogió y se largó. ¡Menudo gilipollas! La pobre se fue llorando. Me dieron ganas de partírle la cara por grosero. Vale que alguien no te guste, pero se puede decir que no de una forma más amable.

—Es que Santi era así, sinceridad pura, no tenía filtro—comenta Clara, un poco apurada.

—Santi era un gilipollas, no hay otra palabra para alguien que se comporta así—afirma Julen, dando a continuación un sorbo a su copa de vino—. De todas formas, ¿cuándo fue eso? Ahora no lo recuerdo.

—Fue en un cumpleaños de Clara. Ese día cenamos en el Gino's, y después fuimos a Kapital a bailar. Tú habías ido al baño y por eso no te enteraste. Llegaste justo después—responde Sonia.

Julen intenta hacer memoria, pero en esos momentos, su mente no tiene ganas de trabajar. La conversación continúa por otros derroteros, mientras degustan la deliciosa comida. Está todo buenísimo, sin excepción.

Todos notan que sus estómagos están bastante llenos, y tras de pedir la cuenta, se marchan. Son las once de la noche, y ya no hay gente esperando en la entrada. Antes de salir, Sonia y Sara felicitan a Almudena por el buen servicio.

—Me alegra que les haya gustado. ¿Eso quiere decir que volverán pronto? —pregunta ella con una cálida sonrisa.

Julen entonces repara en ella. Baja estatura, pelo castaño recogido en un moño, ojos azules, y una sonrisa preciosa. Hay algo en esa mujer que le resulta familiar, pero no sabe el qué. Ella no le está mirando, porque está hablando con Sara.

De repente, sus amigos empiezan a caminar en dirección a la entrada, mientras él sigue ahí de

pie, observándola, pensativo.

—¡Julen! —le llama Javier desde la puerta.

Julen sacude la cabeza, y sale de su ensimismamiento. Finalmente, sale del restaurante con una extraña sensación.

Más tarde, Gemma se acerca a Almudena, que está en la entrada.

—Bueno, ya nos vamos—dice ella.

Almudena los mira.

—Vaya, lo siento, no he tenido tiempo de hablar con vosotros.

—No te preocupes, es normal. ¡Menuda locura! ¡No paráis! —afirma Gemma.

—Sí, la verdad es que sí. ¿Os ha gustado?

—Estaba todo buenísimo, y el servicio ha sido excelente—responde Fabián.

Almudena sonrío.

—Me alegra mucho. Bueno, te voy a dar mi número, así podemos quedar y ponernos al día. ¿Te parece?

Gemma asiente.

—Por supuesto.

Gemma saca su teléfono del bolso, y apunta el número de Almudena. Después de darle un toque, ella lo guarda en su agenda.

—Ya hablamos y quedamos. ¡Me ha hecho mucha ilusión verte!

—¡A mí también! El mundo es un pañuelo. Bueno, nos vemos—dice, dándole dos besos.

Después de una velada intensa, Almudena regresa a casa, y cae en un profundo sueño. ¿Volvería a soñar con él?

# Capítulo 11

*Discoteca Kapital, sábado por la noche, años antes...*

Hoy celebraban el cumpleaños de Clara. Su amiga les había invitado a cenar, y después, fueron a la discoteca a la que iban casi todos los fines de semana, para seguir con la celebración. Empezaron a frecuentar Kapital cuando tenían dieciséis años, y les encantaba.

Allí Julen se besó por primera vez con una chica, y ahora, a los veinte años, solo pensaba en pasar un buen rato con los amigos.

Había roto con su novia Laura, con la que llevaba saliendo un año y medio. Ella se había ido a estudiar fuera, y pensó que era mejor romper la relación, porque no quería ataduras.

Julen no estaba muy contento esa noche. No solo estaba destrozado por la ruptura con Laura, a quien había intentado convencer de seguir juntos a pesar de la distancia, sino que tendría que aguantar a Santi, uno de los amigos de Clara.

Santi no le caía demasiado bien. Era el típico creído que trataba a las mujeres como trapos. Solo buscaba rollos de una noche, y le daba igual si las chicas tenían novio o no. Tampoco pensaba en sus amigos, que empezaban a sentirse incómodos con su actitud depredadora. Allí estaba, en el centro de la pista, riéndose y bailando con una rubia escultural.

Sin embargo, por el bien de Clara, tenía que aguantarle. Hoy estaban de celebración, y Julen no quería estropearlo con su tristeza. Necesitaba despejar la mente y olvidarse de Laura.

No obstante, la atronadora música de la sala principal empezaba a molestarle sobremanera. En ese momento, decidió ir al servicio, y se alejó del grupo. Subió las escaleras que conducían a los lavabos, que estaban semi vacíos, aunque en el de mujeres había cola.

Después, regresó abajo, y justo cuando estaba a punto de volver a la sala principal, se chocó con una chica. Él apenas se movió, sin embargo, ella cayó de espaldas y aterrizó con su trasero en el suelo. Rápidamente, Julen se agacha y se apresura a ayudarla.

—Perdona, ¿estás bien?

Ella no responde, aunque asiente.

—Espera, deja que te ayude—le dice él, agarrándola del brazo, y ayudándola a incorporarse.

Mientras lo hace, Julen siente una especie de corriente eléctrica que sube por su brazo y llega hasta su corazón. Alza la vista, y sus miradas se encuentran. Ella tiene unos preciosos ojos azules humedecidos por las lágrimas, que le dejan fascinado. Julen suelta su mano, aunque en el fondo no quiere hacerlo.

—Muchas gracias, estoy bien—responde ella en voz baja.

—Me alegra. Y siento haberme chocado contigo—responde él, con gesto preocupado.

—No, perdóname tú a mí, ha sido culpa mía. No iba mirando por donde iba. Gracias otra vez. Adiós —responde ella, alejándose de él.

Sin embargo, Julen decide detenerla.

—¡Espera!

Ella para, se gira, y le mira. Julen saca un paquete de pañuelos de su bolsillo, y le da uno. Ella lo observa, dubitativa, aunque acepta el ofrecimiento.

—Gracias, eres muy amable—dice con timidez.

—De nada. Es que he visto que estabas llorando y pensé que lo necesitarías. Si quieres hablar o

algo...

Ella sonríe, agradecida, y Julen siente cómo su pulso se acelera. Esa chica tiene algo que le atrae irremediabilmente, aunque no sabe el qué. Ella se seca las lágrimas con el pañuelo y responde:

—Bueno, no ha sido mi mejor noche, si te soy sincera.

Julen asiente, comprensivo.

—Yo no estoy mucho mejor, te lo aseguro.

Ella le mira con interés, y puede ver reflejado un atisbo de tristeza en su semblante.

—Entiendo.

—Oye, ¿qué te parece si subimos a la terraza, y hablamos tranquilamente? Es que estoy un poco harto de la música—propone Julen.

Ella duda, pero tras unos segundos, responde:

—Me parece bien.

Los dos llegan a la terraza, donde se escucha música *chillout* relajante, y donde hay menos gente. Entonces, se sientan en unas sillas, uno al lado del otro.

—Por cierto, no me he presentado. Me llamo Julen—dice él.

—Yo soy Almudena. Encantada de conocerte—responde ella con una sonrisa.

El ambiente está menos tenso entre ellos ahora, y Julen decide hablar primero:

—Puede que suene a pregunta típica, pero ¿sueles venir mucho?

Ella se ríe.

—Sí, casi todos los fines de semana. ¿Y tú?

—Igual, aunque últimamente, con los estudios, no he venido tanto.

—¿Qué estudias?

—Filología Hispánica, estoy en segundo año. Y en un futuro quiero hacer un máster para especializarme en edición. Mi sueño es ser editor de libros.

Ella asiente.

—Así que te gusta la literatura.

—Sí, me encanta. ¿Y tú?

—Yo estoy en mi último año de Bachillerato, y voy a apuntarme a un curso de formación en hostelería.

—Suena bien. ¿Y dónde vives?

—En Quintana. ¿Y tú?

—Soy de Rivas-Vaciamadrid, pero cuando empecé la carrera me independicé y comparto piso en Argüelles.

—Es genial que te hayas independizado tan pronto, no es algo fácil.

—Trabajo a media jornada en una tienda de unos grandes almacenes, y con la beca me da para vivir de forma más o menos decente. Tampoco pago mucho por el piso, comparto con otros dos compañeros.

—¿Y te llevas bien con ellos?

—Sí, he tenido suerte. A ver, tienen sus cosas, pero nos llevamos bien. Tú vivirás con tus padres, imagino.

—Con mi padre y mi hermano.

Julen asiente.

—Entiendo. Bueno, ahora que ya nos conocemos mejor, cuéntame qué te ha pasado.

Ella suspira con pesar.

—Un chico que me gusta me ha rechazado, y ha sido muy borde conmigo.



—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que él no baila con feas—responde ella, abatida.

Julen siente en ese instante cómo la furia lo invade.

—¡Ese tío es un gilipollas! No merece ni una lágrima, Almudena—asevera.

Ella se encoge de hombros.

—Tienes razón, pero igualmente duele.

—Nada de dolor. Ese tío es un imbécil, y está totalmente ciego. Porque decir que eres fea...

Vamos, yo jamás diría eso de ti—afirma Julen, observándola.

¿Cómo podía decir ese imbécil que Almudena era fea? En su opinión, era una chica preciosa. Con esos ojos azules tan bonitos, la cara ovalada y la nariz respingona.

—¿De verdad? —pregunta ella con una tímida sonrisa.

Él asiente y le devuelve la sonrisa.

—De verdad, Almudena. Creo que eres realmente guapa, aunque no te lo creas.

Julen observa cómo ella se sonroja, y su corazón empieza a latir a toda velocidad. Apenas han hablado unos minutos, pero siente que la conoce de toda la vida.

—Tú también eres guapo—asevera ella con timidez.

Él sonríe ampliamente, y la mira, ensimismado.

—Gracias.

—¿Y a ti qué te ha pasado?

Julen suspira.

—He roto con mi novia hace poco, y hasta hace unas horas, estaba hecho polvo. Pero ya estoy mejor.

En ese momento, Almudena se pone tensa y Julen se gira para mirar lo que está viendo detrás de él. Santi está en una esquina besándose con una chica. Vuelve la vista hacia Almudena y entiende la situación enseguida.

—¿Ha sido él? —inquire con gesto serio.

Almudena traga saliva y asiente. Entonces, Julen se dispone a levantarse para encararle, pero ella le agarra del brazo y le detiene.

—¿Adónde vas? —pregunta ella, alarmada.

—A decirle unas cuantas cosas—responde él, molesto.

—¡Ni se te ocurra!

Entonces, Julen cierra los puños y aprieta la mandíbula.

—¿Por qué tiene que irse de rositas? ¡Es un imbécil! Lo sé muy bien.

—¿Lo conoces? —inquire ella, incrédula.

—Sí, sale con nosotros a veces. Es amigo de una amiga mía. Pero a mí me cae fatal.

—Madre mía, el mundo es un pañuelo—comenta ella, desconcertada.

—Déjame que le diga unas cuantas cosas, que no sabes las ganas que le tengo—dice él casi suplicante.

—¡Ni hablar! No pienso dejar que me estropeeé la noche.

Julen la observa con interés.

—Pensaba que ya estaba estropeada.

—No, eso era antes. Ahora ha mejorado considerablemente—afirma ella, agachando la mirada.

Julen sonríe.

—Me alegra. Entonces, ¿eso quiere decir que no será la última?

—¿La última?

—Sí, la última noche que pasemos juntos.

Ella se muerde el labio inferior.

—Si tú quieres repetir...

Julen asiente enérgicamente.

—¡Desde luego que sí!

Ambos se ríen, y acaban agarrados de la mano y mirándose a los ojos. Julen ve en la mirada de ella algo que no había visto antes: Su futuro.

Se despierta sobresaltado. Enseguida aparta las sábanas y se levanta de la cama. Va al baño y se refresca la cara. Ese sueño contiene la respuesta que llevaba mucho tiempo buscando. Mira el reloj; son las siete de la mañana de un domingo, pero no le importa. Llama a Jon, que tarda en cogerlo.

—¿Diga? —responde Jon con voz soñolienta.

—Jon, soy Julen. ¿Estás en casa?

Se oye la respiración pesada de Jon al otro lado.

—Sí... Pero, oye, ¿sabes qué hora es?

—Vale, voy para allá.

Y dicho esto, Julen cuelga. Jon mira al otro lado de la cama, y ahí está Carolina, desperezándose, desnuda bajo las sábanas.

—¿Quién era? —pregunta ella.

—Julen, viene para acá.

Carolina abre mucho los ojos, y aprieta la sábana contra sus pechos.

—¿¡Ahora!?

Jon asiente.

—Sí, ahora. Parece que tiene algo importante que contarme, y creo que ya sé de qué puede tratarse.

Carolina se abraza a él.

—Vaya, pensaba repetir lo de anoche antes de desayunar...

Jon sonríe y acaricia su espalda desnuda.

—Bueno, a lo mejor nos da tiempo a echar uno ahora...

De repente, suena el timbre, y la magia del momento se rompe.

—Nada, se fastidió—dice ella con resignación.

Jon le da un beso en los labios, sale de la cama, se viste, y va a abrir la puerta. Se encuentra a Julen vestido con unos vaqueros y una camiseta, y con el pelo revuelto. Parece que ha corrido para llegar hasta allí, porque respira de forma agitada.

—Buenos días—le saluda, entrando en el apartamento.

—Buenos días—responde Jon, mirándole, sorprendido.

Julen llega al salón, y Jon se acerca a él.

—¿Quieres un café?

Julen asiente.

—Sí, gracias. Café solo, por favor.

Jon va a la cocina, y prepara el café. Mientras, Carolina sale de la habitación, y entra en el salón, donde saluda a un sorprendido Julen.

—Buenos días, compi—dice ella, sentándose en el sofá.

—Buenos días. Perdona, no sabía que estabas aquí... Siento haberos interrumpido—comenta él con cierto apuro.

Carolina niega con la cabeza.

—No te preocupes. Tenemos mucho tiempo. ¿Te importa que me quede?

—¡Claro que no! Así os lo cuento a los dos a la vez.

Jon trae los cafés, y se sienta al lado de Carolina, mientras Julen se acomoda en una silla frente a ellos.

—Bueno, a ver, cuéntanos a qué viene tanta urgencia—dice Jon.

Julen respira hondo.

—Ya tengo respuesta, Jon.

Jon y Carolina le miran con gesto interrogante.

—A ver, explícate—le insta Carolina.

Julen toma un sorbo de su humeante café, y responde:

—Esta noche, he soñado con nuestro primer encuentro. La conocí, Jon. Como tú me dijiste. Nos conocimos en la discoteca Kapital, cuando yo tenía veinte años. Chocamos en el vestíbulo, y acabamos hablando en la terraza de la discoteca. Es la misma chica, y sé su nombre: Se llama Almudena.

Carolina y Jon se miran, asombrados.

—Entonces, ya tienes un punto de partida. Podríamos buscarla. ¿Sabes su apellido?

Julen niega con la cabeza.

—No. Solo sé que vivía en Quintana, y que iba a estudiar hostelería. Pero no tengo más datos— responde con cierta frustración.

—Vaya, eso es mala suerte—comenta Carolina.

—Lo extraño de todo esto es que lo que viví en el sueño, nunca sucedió en la realidad.

—Es decir, que es una línea temporal distinta—apunta Jon.

Julen asiente.

—Sí. Esa noche, yo no hablé con ella. Recuerdo que chocamos, pero no fue algo a lo que le diera importancia. Yo seguí mi camino y ella el suyo.

—Sin embargo, en el sueño te quedaste con ella—indica Carolina.

—¡Exacto!

Carolina y Jon suspiran, mientras Julen se rasca la nuca, inquieto.

—Es increíble que esto esté pasando. Parece sacado de una novela o de una película—dice Jon.

—Lo peor de esto es que me he dado cuenta de algo—comenta Julen.

Carolina y Jon le miran.

—¿De qué te has dado cuenta? —pregunta Carolina.

Julen les dedica una mirada triste.

—Que nunca voy a encontrarla. Es imposible que nos volvamos a ver.

Jon niega con la cabeza.

—No digas eso. A ver, esos sueños tienen que significar algo. Son señales, estoy convencido. Señales para que podáis encontrarlos. Algo os une, Julen. No sé por qué los tienes, pero sé que tienen un motivo.

Julen se sentía derrotado y sobrepasado por la realidad de los hechos. Era imposible, simplemente.

—Jon, si lo de la línea temporal alternativa es cierto, eso quiere decir que ella estará llevando una vida distinta. A lo mejor ese día o esa semana, se cruzó con el hombre de su vida. Y lo más probable es que esté casada con él, y sea madre de tres niños.

—O tal vez no. Eso no lo sabes—apunta Carolina—. ¿Te has planteado que quizás ella también esté teniendo esos sueños, y que a lo mejor te está buscando?

—Eso creo yo también. Sueños compartidos. A lo mejor ella sueña lo mismo que tú—añade

Jon.

Julen suspira, abatido. Todo aquello era una locura, y debía aceptar que aquella mujer se quedaría en sus sueños; o seguramente, desaparecería de su subconsciente con el tiempo. Las palabras de ánimo de Jon y Carolina eran de agradecer, pero debía ser realista.

Se levanta, y se acerca a ellos. Ambos le miran con tristeza. A Carolina le da dos besos y a Jon un abrazo.

—Gracias por escucharme y siento haberos fastidiado el domingo. Hasta mañana—dice, despidiéndose de ellos.

—Julen...—le llama Carolina, intentando que no se vaya.

Sin embargo, Jon la agarra por los hombros. Se miran, y Carolina entiende que es mejor que se marche. Julen había decidido rendirse, y ellos no podían hacer nada.

## Capítulo 12

Son las dos de la tarde de un martes, y hace un calor asfixiante. El verano ya está instalado en Madrid, a pesar de que todavía es mayo. Almudena está delante de la puerta de la discoteca Kapital, vestida con unos pantalones de lino oscuros, una camisa blanca de manga corta y unas sandalias.

La entrada no había cambiado, seguía con el mismo cartel de antaño, aunque ahora no había colas para entrar, ni tipos de seguridad apostados a ambos lados de la puerta, porque estaba cerrado a esa hora. Había quedado allí con Gemma para ir a comer juntas y ponerse al día.

Mientras espera, piensa en él, en ese desconocido que hacía que su corazón latiera a toda velocidad. Llevaba varios días sin aparecer en sus sueños, algo que la extrañaba.

Estaba empezando a considerar la idea de que quizás su mente estaba haciendo grandes esfuerzos por olvidarle, a pesar de que esto fuera casi imposible. Conocía su rostro y su voz a la perfección.

Suspira, abatida. Seguía sin tener respuestas, y esto la hacía sentirse frustrada y triste.

De repente, alguien toca su hombro y Almudena no puede evitar sobresaltarse, debido a que estaba distraída. Se gira y se encuentra con Gemma.

—¡Hola, corazón! Perdona, ¿te he asustado?

Almudena sonríe y le da dos besos.

—No, tranquila. Es que estaba distraída pensando en mis cosas.

Gemma lanza un sonoro suspiro, mientras mira la fachada de Kapital.

—¡Qué recuerdos! Han pasado muchos años desde la última vez que vine.

Almudena fija su vista en la misma dirección.

—Yo no vengo desde hace once años. ¿Y tú?

—Casi igual. Cuando entré en la universidad, y después de que una que yo me sé empezara a salir con otro que yo me sé, dejé de venir.

Almudena tuerce el gesto al escuchar eso, porque sabe a qué se refiere.

—Siento mucho lo que hice, Gemma. No me porté bien contigo—dice, mirándola con tristeza.

Gemma niega con la cabeza, la agarra del brazo y empiezan a caminar.

—No digas tonterías. Eso nos pasa a todas alguna vez. Conocemos a un tío, y nos volvemos tontas. De todas formas, nuestra separación fue natural. Yo entré en la universidad y empecé a frecuentar a otra gente. Era cuestión de tiempo que nuestros caminos se separaran.

—Pues han vuelto a juntarse.

—Sí, quizás sea el mejor momento para ello. Bueno, a lo que vamos. Te voy a llevar a un restaurante estupendo que conozco por aquí cerca, y que te va a encantar.

Almudena se ríe, y siguen caminando durante un rato, hasta que finalmente llegan a la entrada de un restaurante italiano. Allí las recibe la fresca y agradable temperatura que hay en el interior, muy diferente al asfixiante calor de la calle. Un camarero las guía hasta una mesa, y después de pedir la comida, retoman la conversación.

—¿Y cuánto hace que rompiste con Raúl? —pregunta Gemma.

—Hace casi un año.

—¿Y por qué rompisteis?

—Porque se enamoró de otra.

Gemma abre mucho los ojos, sorprendida, aunque no dice nada.

—La verdad es que lo nuestro fue de mal en peor a raíz de quedarme sin trabajo. Bueno, quizás antes, cuando empezamos a vivir juntos. Yo creo que Raúl se agobió.

—Vamos, que te dejó en la estacada cuando más le necesitabas—apunta Gemma.

Almudena se encoge de hombros.

—Pues sí, para qué vamos a engañarnos. Me dejó en la estacada. Huyó y me dejó tirada como una colilla.

Gemma suelta una carcajada.

—¡Menudo cabrón! Nunca me cayó bien, ya puedo decírtelo. Siempre me pareció un capullo.

Almudena se ríe.

—No eres la primera que me lo dice.

—¿Y qué hiciste después?

—Volví a casa de mi padre, con el corazón roto y con el ánimo destrozado. Él y Dani han sido los únicos que han estado a mi lado. Sin ellos, no sé dónde habría acabado.

—Menos mal que les tienes en tu vida. Eres afortunada. Por cierto, ¿cómo están? Tengo que hacerles una visita.

—Bien. No te lo vas a creer, pero mi padre se ha echado novia.

Gemma se queda perpleja.

—¿Tu padre, novia? Pero si recuerdo que era un soltero empedernido, que no quería compromisos.

—Pues ya ves, la gente cambia. Su novia es una vieja conocida. ¿Te acuerdas de Belén, la chica que nos cuidaba cuando éramos pequeños?

Gemma hace memoria.

—Sí, me acuerdo. Siempre nos preparaba la merienda cuando iba a tu casa. ¿Ella es la novia de tu padre?

Almudena sonríe y asiente.

—Sí, es ella. Siempre estuvo enamorada de él, pero mi padre no quiso comprometerse. Después se fue a vivir a Cantabria, y ahora ha vuelto a Madrid. La cosa va muy en serio. Ya estoy mirando pisos para independizarme, porque intuyo que dentro de poco se irán a vivir juntos.

Gemma suspira, risueña.

—¡Qué bonito! Me alegro un montón por ellos. Tu padre se merece ser feliz después de tanto sufrimiento.

—Desde luego. Ha sido mi mayor apoyo siempre. Y le veo tan feliz, Gemma.

—Eso es lo importante. ¿Y Dani? ¿Qué se cuenta el pequeñajo? Aunque ya debe tener más de veinte años.

—Tiene veintiuno. Está en la universidad y estudia Biblioteconomía. Y, además, está preparándose para las oposiciones.

—Vaya, ha salido estudioso. ¿Y tiene novia?

Almudena asiente.

—¿Te acuerdas de Nekane, la camarera?

—Sí, esa chica tan mona con el pelo morado.

—Está saliendo con ella. Es la hermana de mi jefa.

—Anda, todo queda en familia. ¿Y está contento?

—Sí, y Nekane es fantástica. Se les ve muy enamorados.

—Me alegro un montón oír eso, y de que salieras de la mala racha. Yo sé lo que se siente. Estuve casi dos años en paro hasta que conseguí el empleo en la empresa de cosméticos. En esa época, conocí a Fabián.

—Eso, cuéntame. ¿Cómo os conocisteis?

Gemma sonrío, soñadora.

—En la cola del paro.

Almudena se queda sorprendida.

—Vaya, interesante.

Gemma se ríe.

—Sí, ya sé que no es un lugar muy romántico para conocerse. El caso es que estaba haciendo cola, y él se puso detrás de mí. Imagínate a las siete de la mañana, con el frío, esperando a que abrieran. Total, que estaba yo medio dormida, cuando me llegó el olor de su colonia. Me encantó. Era 212 de Carolina Herrera. Entonces no lo sabía, claro. Pues bien, me giro y me encuentro con sus ojazos oscuros. Y al instante, me sonrío. ¡Casi me caigo en el sitio de la impresión!

Almudena se ríe al ver el entusiasmo de Gemma, pero no dice nada y deja que continúe.

—Yo, que no pierdo nunca una oportunidad, le devuelvo la sonrisa, y empezamos a hablar. Se me pasó el tiempo volando porque hablamos prácticamente de todo: De nuestros orígenes, de las cosas que nos gustan.

—Una cita en toda regla.

—Un auténtico flechazo, Almu—asevera Gemma—. Después, cuando ya hicimos nuestras gestiones, fuimos a tomar algo, y allí seguimos hablando. A partir de ese día, empezamos a quedar, y luego los dos conseguimos trabajo. Él en una editorial como diseñador gráfico, que es su profesión, y yo como administrativa. Vamos, que yo creo que nos dimos suerte el uno al otro.

—Me encanta la historia.

Gemma sonrío, emocionada.

—Sí, es un poco atípica. Pero soy feliz. Bueno, ¿y tú qué? ¿Has salido con alguien últimamente?

Almudena tuerce el gesto y niega con la cabeza.

—No, no he salido con nadie. Aunque...

Agacha la mirada, pensativa. No sabía si contarle a Gemma lo del desconocido de sus sueños.

—Hay alguien ¿verdad? Te conozco de sobra.

Almudena la mira, se muerde el labio inferior y asiente.

—Sí, pero es un imposible.

Gemma pone los ojos en blanco.

—Tú con tu pesimismo de siempre.

—Ojalá fuera eso. Verás, es que la situación es complicada.

—¿Está casado?

Almudena se encoge de hombros.

—No lo sé.

Gemma la mira frunciendo el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No le conozco. De hecho, nunca le he visto en persona.

Gemma asiente.

—Entiendo. Os conocéis por Internet. Bueno, pues preguntáselo.

Almudena suspira, abatida. Aunque se lo explicara, nunca lo entendería o pensaría que está loca.

—Sí, claro, se lo preguntaré.

A pesar de la contestación, Gemma se queda intrigada. Cree que Almudena tiene algo que contarle, pero intuye que aún no se atreve a hacerlo. Como prefiere no presionarla, no indaga más.

Después de comer, las dos regresan al punto de encuentro, delante de la puerta de Kapital, y allí se despiden.

—Bueno, ya hablaremos, que esto hay que repetirlo—dice Gemma, dándole dos besos.

Almudena sonrío.

—¡Claro que sí! Ya hablamos. Cuídate—responde, mientras empieza a caminar en dirección al metro.

—¡Almu!

Almudena se da la vuelta y mira a Gemma.

—No desesperes, que nada es imposible.

Dicho esto, se marcha. Almudena piensa en las palabras de su amiga, mientras sigue su camino hacia el metro. Una vez en el vagón, le entra un poco de sueño con el balanceo del tren, y cierra los ojos.

De repente, delante de ella aparece el desconocido, que la dedica una preciosa sonrisa. Se oye música de fondo, y la luz del sitio en el que están sentados es bastante tenue. En ese instante, él dice:

—Por cierto, no me he presentado: Me llamo Julen.

Almudena abre los ojos, sobresaltada y con la respiración agitada. Mira alrededor; el vagón está semi vacío. Hay un grupo de chicos escuchando música a todo volumen, y un par de señoras hablando entre ellas. ¿Qué ha sido eso?, se pregunta. Él le ha dicho su nombre en sueños.

El tren se detiene en su parada, y se baja apresuradamente para tomar un poco de aire. Hacía días que no soñaba con él, y de repente, ocurre esto. El asunto era cada vez más extraño.

Llega a casa, y allí se encuentra a su padre y a Belén haciéndose arrumacos en el sofá. Almudena, un poco apurada, decide ir a su habitación sigilosamente, pero su padre la intercepta antes.

—¡Almudena! Hija, qué silenciosa eres. No te habíamos oído.

Almudena se acerca a ellos con cierta timidez.

—Es que os he visto tan acaramelados, que no he querido molestar.

Los dos se ríen.

—¡Tú no molestas! Anda, siéntate, voy a preparar café—dice su padre, levantándose para ir a la cocina.

Almudena se sienta al lado de Belén, y empiezan a conversar.

—¿Cómo ha ido la comida con Gemma? —pregunta Belén.

—Muy bien. Nos hemos puesto al día. Por cierto, me manda recuerdos para todos. Dice que un día vendrá a haceros una visita.

—Estupendo, ya sabe que es bienvenida siempre—responde su padre, cargando una bandeja con los cafés.

Se sienta en una silla frente a ellas, y les entrega sus tazas.

—¿Y cómo le va a Gemma? —inquire su padre.

—Bien. Trabaja de administrativa, tiene un novio majísimo, y todo le va genial. La he visto muy contenta.

—Me alegra. ¿Eso quiere decir que retomáis la amistad?

—Sí, así es.

—Estupendo. Pues nada, cuando quiera, que venga a comer y nos ponemos al día.

—¡Genial! Se lo comentaré. Por cierto, ¿dónde está Dani?

—Ha quedado con Nekane—responde Belén.

Almudena asiente.



—Ya veo. La cosa va muy bien.

—Y que lo digas. Se le ve muy contento—asevera su padre.

—Por cierto, el domingo que viene empieza la Feria del Libro, y he pensado que podríamos ir a dar una vuelta por allí. ¿Os apetece? —propone Belén.

—¡Me apetece mucho! Me llevaré el libro de Jon Serra, a ver si me lo firma—responde Ernesto.

—Yo estaría libre el martes—apunta Almudena.

Al oír eso, Ernesto pone gesto de fastidio.

—Vaya, yo el martes no puedo, tenemos reunión en el trabajo y saldré tarde.

—No te preocupes, papá, podéis ir vosotros el domingo. Yo ya iré más adelante—afirma Almudena.

—Vaya faena, yo que tenía ganas de recordar los viejos tiempos—comenta Belén con cierta decepción—. Recuerdo cuando os llevábamos allí de pequeños. ¿Te acuerdas, Ernesto?

Él asiente.

—Sí, os encantaba. Sobre todo, el Palacio de Cristal.

Almudena sonríe.

—A mí me sigue gustando. Es mi rincón favorito. Siempre me pongo delante del estanque, justo en frente del palacio, pero un poco a la derecha. Desde ahí hay una vista preciosa.

—Recuerdo que le decías a Dani que era el palacio de las hadas y los duendes. El pobre se quedaba pegado al cristal mirando a ver si encontraba alguno—explica Ernesto, riéndose.

Almudena asiente, pensativa.

—Es una pena que al crecer dejemos de creer en esas cosas. De todas formas, creo que es un lugar muy especial. ¿Y quién sabe? Puede que haya hadas y duendes que estén escondiéndose muy bien para que no los veamos.

Este comentario no recibe réplica alguna. Sin embargo, Almudena considera las implicaciones de lo que acaba de decir. Quizás haya dejado de creer en la magia y en los cuentos, y por eso, no entiende lo que le está pasando.

Esos sueños la desconciertan, pero a la vez, siente que encierran un significado profundo, que debe averiguar. Quizás en otro momento de su vida, habría sido capaz de desvelar el misterio con mayor facilidad. Ahora mismo, solo podía esperar un milagro, que le permitiera conocer a Julen en persona.

## Capítulo 13

Es sábado, y Julen está en casa, sentado en el sofá, con el portátil encima de sus piernas, respondiendo e-mails y revisando todos los detalles de la Feria del Libro, que empezaba ese mismo domingo. Acompañaría a los escritores en la caseta de la editorial, y estaría pendiente de todo lo que sucediera.

No había vuelto a soñar con Almudena, y su ánimo había decaído sobremanera. Se concentraba en el trabajo, incluso llevándose tareas a casa para evitar pensar en ella, y en la frustración que sentía.

A pesar de intentar convencerse de que era un imposible y de que jamás se conocerían, en el fondo, aún guardaba la esperanza.

En ese momento, mira el reloj, y se da cuenta de que va con el tiempo justo para arreglarse, y dirigirse a casa de sus padres, con los que había quedado para comer.

Se levanta rápidamente del sofá, deja el ordenador sobre la mesa, y se dirige al baño para darse una refrescante ducha.

Como hoy hace bastante calor, decide ponerse unos pantalones cortos color beige, y una camisa de cuadros rojos y blancos de manga corta. Se calza unas cómodas sandalias, y deja su pelo mojado, peinado hacia atrás.

Media hora más tarde, está delante de la puerta de la casa familiar, esperando a que su padre abra. El hombre sale a recibirle enseguida, y le da un cálido abrazo de bienvenida.

—¡Hola, hijo! Pasa, que en casa se está fresquito—le dice, instándole a entrar.

Y era cierto. En la casa está el aire acondicionado puesto, y el ambiente es fresco y agradable. En ese momento, su madre sale de la cocina, se acerca a él y le da otro abrazo.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. ¿Ayudo en algo?

—Sí, ayuda a tu padre a poner la mesa, que vamos a comer ya.

Julen acompaña a su padre al jardín, donde hace un poco de calor, pero la hierba mojada y la sombra que hay en la terraza, hacen que el ambiente sea agradable. Después de poner la mesa, la madre de Julen sirve la ensalada campera y los filetes empanados de pollo, y a continuación, siguen conversando.

—Mañana empieza la Feria del Libro ¿verdad? —pregunta Jaime.

Julen asiente.

—Sí, mañana empieza el trabajo duro.

—¿Tendrás que estar en las casetas todo el día?

—Prácticamente, aunque pasaré por la oficina a lo largo de esa semana. No puedo dejar el trabajo del despacho desatendido.

—Ya nos pasaremos por allí, que quiero llevarme alguna lectura—afirma Jaime.

—Oye, ¿y cómo va lo tuyo con esa chica? —pregunta Susana.

Julen se tensa, mientras termina de masticar un trozo de pollo. Sabe a quién se refiere su madre, y hablar del tema le entristece.

—No hay nada entre nosotros. Lo nuestro no pudo ser—responde, tratando de zanjar el asunto.

Sus padres se miran con gesto preocupado.

—Vaya, lo siento, cielo. Pero ¿ha sido algo grave? —inquieta Susana.

Julen agacha la mirada, y se centra en cortar otro trozo de pollo.

—No, es solo que no congeniábamos. Eso es todo. No hay nada de qué preocuparse. Estoy perfectamente, la vida sigue—asevera.

A sus padres no les convence mucho la respuesta, pero no dicen nada más, respetando así el deseo de Julen de no hablar del tema.

Después de comer, su padre decide ir a dormir la siesta, y Julen y su madre se quedan en el salón tomando café.

Julen pasea su mirada por la estancia, donde hay una estantería repleta de libros, y algunas fotos colocadas en los estantes. Allí ve algunas fotos suyas de cuando era niño y adolescente. Incluso hay una con su pandilla.

—Siempre has sido guapísimo. Todas las vecinas me decían que eras monísimo. Y, además, eras muy bueno. Nunca nos diste un problema—comenta Susana.

Julen sonríe.

—Era un buen chico, sí.

—Lo único que no me gusta de ti, es que a veces te cuesta compartir lo que sientes. Sé que lo haces por no preocuparnos, pero me gustaría que te abrieras un poco y me contaras porqué tienes esa mirada triste.

Julen mira a su madre, sorprendido. Aunque enseguida comprende que para ella es un libro abierto; era quien mejor le conocía.

—¿Tanto se me nota?

Ella le mira con ternura, y agarra su mano.

—Es por esa chica ¿verdad?

Julen asiente y suspira con pesar.

—Sí, es por ella. Lo nuestro no tiene futuro, y aunque he decidido aceptarlo y olvidarme de ella, no soy capaz.

—A lo mejor no deberías hacer eso.

—¿El qué?

—Olvidarte de ella y dejar de luchar por lo vuestro. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué dices que lo vuestro no tiene futuro?

Julen la mira con gesto dubitativo.

—Es que, no sé si vas a entenderlo, o vas a pensar que estoy loco.

Su madre pone los ojos en blanco.

—No digas tonterías, y confía un poco en mí.

Julen respira hondo, y finalmente, le cuenta a su madre todo lo relacionado con Almudena, omitiendo los sueños eróticos, por supuesto. Mientras, su madre le escucha con atención, y asiente, pensativa.

—Me dejas totalmente de piedra, hijo. Pues sí que es complicado todo esto—comenta tras conocer toda la historia.

—Entonces, ¿no piensas que estoy loco?

Su madre niega con la cabeza enérgicamente.

—¡Claro que no, cielo! Estoy sorprendida, por supuesto. Lo que me cuentas no es ninguna tontería. Pero no creo que estés mal de la cabeza ni nada de eso.

Julen sonríe, aliviado.

—Me alegra oír eso.

—Ahora entiendo todo perfectamente. A ver, no creo que sea algo imposible, pero sí va a ser difícil que la encuentres.

—Por eso he decidido rendirme, mamá—afirma, apenado.

Su madre le agarra de la barbilla, y hace que la mire a los ojos.

—He dicho difícil, no imposible. Son cosas muy distintas. Así que, no pierdas la esperanza—le dice con una sonrisa cómplice.

Horas más tarde, Julen regresa a su casa, sintiéndose un poco mejor. Hablar con su madre del tema le ha ayudado a desahogarse, y gracias a eso, ha conseguido liberar un poco su angustia. Quería creer en lo que ella le decía. Sin embargo, ahora mismo, el panorama que se abría ante él era oscuro e incierto.

Se preparó una cena ligera, y encendió la televisión. En ese momento, estaban emitiendo Algo para recordar, protagonizada por Tom Hanks y Meg Ryan. Una película muy oportuna para su situación actual.

En la película, los protagonistas, Sam y Annie, nunca se han visto, y no saben prácticamente nada el uno del otro, pero están destinados a conocerse. Y aunque parece que nunca lo harán, Annie se empeña en buscar a Sam para conocerlo en persona. Eso sí, el personaje de Meg Ryan cuenta con fuentes de información suficientes para poder encontrarle.

Sin embargo, Julen solo tenía un nombre: Almudena. Y unos rasgos físicos que compartían muchas mujeres no solo en la ciudad de Madrid, sino en el resto del mundo. Era como buscar una aguja en un pajar.

Casi al final de la película, empezó a sentir que le pesaban los párpados, así que decidió irse a dormir, porque mañana le esperaba un día atareado y difícil. Y solo era el principio de varias jornadas llenas de trabajo.

Se quitó la ropa, y decidió dormir solo con los calzoncillos, porque hacía bastante calor. Abrió la ventana, dejando que una suave brisa entrara en la habitación, y enseguida cayó en un profundo sueño.

Eran alrededor de las ocho de la tarde, y estaba atardeciendo en El Retiro. En ese momento, Julen estaba observando el Palacio de Cristal; ese gigante de metal y cristal que se mantenía erguido y silencioso, mientras los visitantes paseaban por sus alrededores, sin poder acceder a su interior.

Julen está contemplando el palacio desde el otro lado del estanque; allí están los cipreses calvos, cuyas raíces permanecen sumergidas en el agua, donde nadan alegremente tortugas y patos.

El sol empieza a ocultarse e ilumina tenuemente los cristales del palacio, creando una atmósfera mágica.

Está completamente ensimismado con las vistas, cuando nota una presencia a su espalda.

—Ven, este es el mejor sitio para verlo—dice Almudena, agarrándole suavemente por los hombros.

Él se deja guiar, y se sitúan en la parte derecha del estanque, aunque sin desviarse mucho del punto de partida. Ahora Julen comprende que la perspectiva desde allí es mucho mejor. Es perfecta para una instantánea.

—¿Lo ves? —pregunta ella, poniéndose a su lado.

Él sonríe y la mira, fascinado. En ese instante, se olvida por completo del palacio.

—Sí, lo veo. Aunque me gusta más la vista que tengo ahora.

Ella se ríe, y le da un beso en los labios, que hace que el corazón de Julen salte de alegría.

—¿Cómo no te voy a querer con las cosas tan bonitas que me dices?

Al oír eso, un sentimiento de plenitud y felicidad lo invade por completo. Le encanta estar allí con ella.

—Es increíble. La vista desde aquí es perfecta—asevera él, mirando al palacio de nuevo.

—Sí. Me encanta el palacio desde que era pequeña. Siempre me pareció un lugar mágico.

—Pienso lo mismo. Es un sitio especial.

—Y muy romántico—añade ella.

Julen se encoge de hombros.

—A mí cualquier sitio me parece romántico, si estoy con la persona que quiero.

Almudena le mira y asiente.

—Tienes toda la razón. Al final se trata de estar con la persona que amas.

De repente, Julen se pone triste. Esto alarma a Almudena, que agarra su mano y acaricia su brazo.

—Cariño, ¿qué pasa?

Julen la mira fijamente, y traga saliva.

—¿Crees que estaremos juntos algún día?

Ella le observa con gesto interrogante.

—¿Qué estás diciendo? Julen, ya estamos juntos.

Julen se gira hacia ella, y agarra entre sus manos su rostro. La observa detenidamente, y nota cómo los ojos se le humedecen por la emoción.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Esto es un sueño, Almudena. Y cuando me despierte, tú ya no estarás.

Ella agarra sus manos, y le mira con determinación.

—Julen, siempre hemos estado juntos. Estamos destinados.

Él cierra los ojos, y respira hondo.

—Esto es imposible.

—Julen, ¿tú me quieres?

Él la mira de nuevo.

—¡Claro que te quiero!

—Entonces, prométeme que no te rendirás y que me buscarás.

Él frunce el ceño.

—¿Cómo voy a hacer eso? Necesito que me digas donde estás. No sé cómo encontrarte.

—Lo harás, Julen. Me encontrarás. Aunque si ya has decidido rendirte, entonces no hay nada que hacer.

—No sé cómo voy a hacerlo—responde, abatido.

—Tú solo prométeme que no te rendirás—le pide ella.

Julen respira hondo de nuevo. Rendirse sería lo más fácil, pero la determinación que ve en los ojos de Almudena le impide ceder y olvidarla.

—No, no me rendiré.

Ella sonrío.

—Entonces, estate atento a las señales, síguelas y me encontrarás.

A continuación, ella se pone de puntillas, le rodea con sus brazos y le da un apasionado beso. Julen la estrecha entre sus brazos y ella ahoga un gemido que hace que él se estremezca. La quiere y la necesita.

Se separan y Julen cierra los ojos, apoyando su frente en la de ella.

Cuando vuelve a abrirlos, está en su habitación de nuevo. A pesar de que no le gustaba volver a la realidad, algo había cambiado gracias a las palabras de Almudena. Ya no volvería a sentirse triste, porque tenía un motivo para luchar. Había hecho una promesa, y estaba dispuesto a cumplirla.

## Capítulo 14

Almudena está en su cuarto, terminando de arreglarse. Hoy es uno de sus pocos días libres, y ha quedado con Gemma para ir a dar un paseo por la Feria del Libro, en el parque de El Retiro.

Aquella tarde soleada sería el marco perfecto para disfrutar del ambiente literario, que se respiraba esos días en el lugar.

Lleva puesto un vestido de tela vaquera de manga corta, con falda hasta las rodillas, y unos cómodos zapatos planos. En su rostro, no hay rastro de maquillaje.

Cuando sale de su cuarto, y llega al salón, se encuentra con su padre, que lleva en la mano un libro del escritor Jon Serra.

—Cariño, ¿podrías acercarte a la caseta de la editorial, para que Jon Serra te firme el libro? El domingo no estuvo, pero sé que irá hoy.

Almudena coge el ejemplar del último libro de Serra, y lo mete en su bolso grande de tela vaquera. Allí guardaría los libros que tenía pensado comprar.

—Claro, no hay problema.

Su padre se acerca a ella, y le da un beso en la frente.

—Gracias, cariño. ¿A qué hora has quedado con Gemma?

—Dentro de veinte minutos en el metro de Retiro, así que, me voy ya, o llegaré tarde.

A continuación, se dirige a la mesa del salón, coge su teléfono, y lo guarda en el bolso. Antes de marcharse, da un beso de despedida a su padre, y entra en la cocina para darle otro a Belén, que está preparando una lasaña para cenar.

—Me marcho ya—dice Almudena, dándole un rápido beso a Belén en la mejilla.

—Tesoro, ¿vienes a cenar esta noche? —pregunta, girándose.

—No, ceno con Gemma. ¡Hasta luego!

—¡Pásatelo bien y ten cuidado! —responde Belén con una sonrisa.

Almudena llega al portal, y minutos después, está metida en el vagón del metro. Durante el trayecto, tiene tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido en las últimas semanas.

Belén ya está viviendo con su padre de forma permanente, y la convivencia es maravillosa. Quiere a Daniel y a ella como si fueran sus hijos, y ese cariño que se han tenido siempre, no ha cambiado en absoluto. Ernesto es un hombre feliz, que se muestra risueño todo el tiempo, ya que por fin ha conseguido encontrar ese amor verdadero que durante años se le había escapado.

Daniel estaba inmerso en sus estudios, pero tenía tiempo para verse con Nekane, y la relación iba viento en popa. Respecto al trabajo, Almudena estaba muy contenta; las cosas marchaban bien, y pronto tendría dinero para alquilarse un piso pequeño pero acogedor. Ya era hora de volar fuera del nido, aunque su padre insistiera en que no tuviera prisa por irse.

Mientras tanto, seguía encontrándose con Julen en sueños. A pesar de la alegría que esto le proporcionaba, tenía una amarga sensación de derrota, porque veía imposible poder conocerlo en persona.

De hecho, estaba empezando a considerar que, por mucho que se empeñara en buscar señales y respuestas en sus sueños, jamás llegarían a encontrarse.

Quizás Julen solo fuera fruto de su imaginación, un compendio de gestos y rasgos de conocidos, que se habían juntado para dar forma al hombre que ella siempre había deseado. Un ideal inexistente. Y eso la entristecía sin remedio.

De repente, el tren se detiene, y al alzar la vista, ve que ya ha llegado a la estación de Retiro.

Se levanta y sale del vagón, para después subir las escaleras que le conducirán al punto de encuentro. Se detiene y mira su teléfono. Tiene un mensaje de Gemma.

GEMMA\_17:00

*Hola, corazón. Vas a matarme, pero no voy a poder ir. Me ha surgido un tema de trabajo, y tengo que terminarlo hoy sin falta. Siento avisarte con poco tiempo. Te lo compensaré. Un beso.*

Almudena pone los ojos en blanco y suspira. Al ver la hora, se da cuenta de que Gemma la ha avisado poco antes de salir de casa, pero ella no había visto el mensaje. Bueno, ahora no podía hacer nada, porque ya estaba en El Retiro, así que tendría que ir a la feria sola.

Sale del metro, y se adentra en el parque, que está lleno de gente. Unas tímidas ardillas saltan entre las ramas de los árboles, siendo discretas espectadoras del paseo de Almudena.

Mira alrededor, intentando ubicarse. A pesar de haber venido muchas veces a lo largo de su vida, no se orientaba bien en el enorme parque, que en su día solo estaba reservado a los reyes y la nobleza.

Mientras, en el Paseo de Fernán Núñez, familias, parejas y lectores solitarios pasean como pueden, acercándose a las casetas, donde firman ejemplares algunos escritores conocidos.

En ese momento, Jon Serra atiende a sus lectores, que esperan en una larga cola a que les firme sus respectivos ejemplares. Julen deambula a su alrededor, comprobando que todo va bien y que no hay ningún problema.

Mucha gente está comprando ejemplares tanto de los libros de Jon, como de otros autores de la editorial. Aunque Julen sabe que Jon tiene gran tirón, y por eso, es una de las estrellas de la feria.

Al mismo tiempo que está pendiente de la parte de trabajo que le toca hoy, hay algo que lo inquieta.

De nuevo, el recuerdo del último sueño que tuvo con Almudena aparece en su cabeza. Está cerca del lugar en el que se encontraron, y no sabe bien qué hacer.

Se siente expectante, aunque a la vez tiene miedo. Miedo a la decepción, al fracaso, a equivocarse estrepitosamente. No percibe señal alguna desde que está allí, pues lleva varios días asistiendo a la feria, incluso ha aprovechado algunos momentos para ir al Palacio de Cristal y probar suerte, pero nada le indica que sea posible ver a Almudena en aquel entorno lleno de gente.

Puede que ella ya haya estado allí, y él no haya sido capaz de encontrarla. O quizás hoy sea el día. Las ideas y suposiciones se acumulan en su cabeza, y no sabe bien cómo gestionarlas.

La cola de admiradores de Jon cada vez es más grande, y el escritor empieza a sentirse algo cansado. Sin embargo, no desea marcharse, así que mira a Julen, y dice:

—Oye, Julen, ¿puedes traerme algo de beber? Hace mucho calor, y necesito hidratarme un poco.

—Si quieres puedes descansar.

—No, yo me debo a mis lectores. Además, si paro ahora, esta cola será interminable.

Julen asiente, y sale de la caseta, para dirigirse a un quiosco de bebidas cercano. Allí también hay cola, así que le toca esperar.

En ese momento, Almudena está a punto de conocer al escritor que tanto admira su padre. En cuanto Jon termina de hablar con la persona que está delante de ella, Almudena se acerca y le entrega el libro a Jon con una sonrisa, que él le devuelve.

—Hola, encantado de verte. ¿Cómo te llamas? —le pregunta él con amabilidad.

—Me llamo Almudena.

Jon la mira con curiosidad. Ese nombre ya es sumamente familiar para él, y una idea se le pasa por la cabeza. ¿No será esa Almudena de la que tanto ha oído hablar?

—Un nombre muy bonito, muy madrileño. Eres de aquí, supongo.

—Sí, soy madrileña de pura cepa—responde, orgullosa.

Jon asiente, sonriente.

—Ya veo. Entonces, se lo dedico a Almudena...

Antes de que Jon pose el bolígrafo sobre la página, Almudena le detiene con un gesto de la mano.

—Espere, ese ejemplar es para mi padre. Para Ernesto. Es un gran admirador suyo.

—Entiendo. ¿Y usted no lo es? —inquire con cierta decepción.

Almudena se pone un poco nerviosa.

—Sí, lo soy, pero él más—contesta con cierto apuro.

Jon se ríe.

—Ya veo. Pues para Ernesto, entonces.

Jon firma la dedicatoria, y le entrega el libro a Almudena, que lo guarda en su bolso.

—Muchas gracias, señor Serra.

Almudena le sonrío, y a continuación, se marcha. Jon la observa alejarse, y se queda con una extraña sensación.

Almudena camina entre la multitud sin rumbo fijo. Sin darse cuenta, sale del paseo, y se adentra en un pequeño camino, que no sabe adónde conduce. Sus pies se mueven solos, y no es capaz de detenerlos.

Al cabo de un rato, Julen regresa al lado de Jon, con un refresco de limón en la mano. Nada más verlo, se lo entrega, y Jon da un pequeño sorbo que le refresca la garganta. Julen lo observa, y nota que algo le ocurre.

—¿Te encuentras bien?

Jon suspira, pensativo.

—No sé, hay algo que me tiene intrigado.

Ajeno a las miradas expectantes del público allí presente, Julen pregunta:

—¿Qué te tiene intrigado?

Jon se muestra dubitativo, y tarda en responder.

—Acaba de irse una chica...

Julen alza una ceja.

—Jon, ¿no estarás volviendo a las andadas?

El hombre pone los ojos en blanco.

—No digas tonterías, no se trata de eso.

—¿Entonces?

Jon da otro trago a su refresco.

—Puede que sea una tontería, pero creo que es mejor decirlo. Acaba de venir una chica con el pelo castaño, que tenía unos ojos azules muy bonitos, llevaba un vestido vaquero, y se llamaba Almudena.

Al oír aquello, Julen siente un escalofrío que le eriza la piel.

—El caso es que, al mirarla y hablar con ella, he sentido algo extraño. Era como si la conociera de algo. Y enseguida la he relacionado con esa mujer que aparece en tus sueños. Pero a lo mejor me equivoco.

Julen nota cómo su pulso se acelera.

—¿Adónde ha ido? —pregunta, nervioso.

—No lo sé. Ha desaparecido entre la multitud.

De repente, en su mente aparece la silueta de un edificio que conoce bien. La señal que buscaba acaba de aparecer.



—Me marcho—dice apresuradamente, dejando a Jon solo con sus lectores.

Almudena se detiene en la escalinata que hay justo delante del Palacio de Cristal. Caminando por los alrededores, hay muchos visitantes que observan maravillados la elegante arquitectura del edificio.

El sol tiñe de malva y naranja el cielo de Madrid, y una suave brisa veraniega acaricia el rostro de Almudena. Mira distraída alrededor, y camina en dirección a la cueva que hay en uno de los lados del estanque.

En ese instante, Julen aparece al otro lado, y su vista se detiene en el palacio. Delante de él, hay una delgada barandilla que le separa del estanque. Desde allí, la vista es perfecta. Como en el sueño.

Sin embargo, la mujer que busca no está. Gira la cabeza a un lado y a otro, con cierta desesperación. La señal no era correcta. Suspira, decepcionado, y se da media vuelta, dispuesto a marcharse.

Cuando da un paso, alza la vista, y se queda petrificado. Ante él, hay una mujer de pelo castaño largo, y ojos azules. Su corazón late desbocado. No es capaz de articular palabra.

Almudena siente que su cuerpo es incapaz de moverse. Esos ojos y ese rostro son inconfundibles. Cree que está soñando; no obstante, el grito de alegría de un niño cerca de ella le hace reaccionar. Esto es la realidad, y Julen, el hombre que aparece en sus sueños, está delante de ella.

Al salir de la cueva, lo vio a lo lejos, pero no estaba segura de que fuera él.

Sin embargo, cuando él se dio la vuelta, y se encontraron cara a cara, no tuvo dudas.

En ese instante, un pensamiento pesimista cruza su mente. ¿Y si solo ella soñaba con él? ¿Y si se trataba de otra persona?

Almudena traga saliva, y consigue encontrar el valor para hablarle. Necesita respuestas.

—¿Eres... Julen?

Él se sobresalta ligeramente ante la pregunta, pero consigue responder:

—Sí, soy yo... Y tú eres... ¿Almudena?

Los dos se miran fijamente, con cierta reserva.

—Esto es muy extraño—comenta Almudena, agachando la mirada.

Julen suspira con cierto alivio. Parece que ella está igual de nerviosa que él.

—Sí, realmente extraño.

Ella le mira y sonríe con timidez, algo que hace que el corazón de Julen se sobresalte. Entonces, Almudena tuerce el gesto.

—Aun así, quiero asegurarme de que esto es real. A ver si vamos a estar soñando.

Julen se pone serio, y asiente.

—Sí, estoy de acuerdo. Hagamos una cosa: Cerremos los ojos y volvamos a abrirlos. Una, dos, y ¡tres!

Los dos cierran los ojos con fuerza, y vuelven a abrirlos. Afortunadamente, comprueban que todo sigue igual.

—Bueno, parece que aún estamos aquí—dice Almudena, aliviada.

Julen niega con la cabeza; no está del todo convencido.

—Esta ha sido la primera prueba. Ahora lo que podríamos hacer es darnos la mano, y ver si el tacto es real.

En ese instante, Julen se aproxima, acerca su mano y entrelaza sus dedos con los de ella. Ambos sienten una especie de corriente eléctrica que recorre sus cuerpos de arriba abajo. Esa calidez es real, no una ensoñación. Almudena siente que las mejillas le arden y que se pierde en la

profundidad de esos ojos verdes.

—Sí, está claro. No estamos soñando—dice con la voz entrecortada por la emoción.

Julen sonrío, satisfecho, sin soltar su mano. Ahora que están allí juntos, no piensa dejarla marchar.

—Creo que lo mejor será que vayamos a tomar algo y hablemos. Tenemos mucho que decirnos ¿no?

—Sí, me parece una idea genial—responde ella con una sonrisa.

Empiezan a caminar uno al lado del otro, sin soltarse de la mano. Ahora que se han encontrado, necesitan saber todo del otro. Se miran de reojo. Ninguno de los dos puede creerse su buena suerte.

A lo largo de aquella tarde, hablaron de todo: sus gustos, sus respectivos pasados, sus sueños. En definitiva, de aquellas vidas de las que no sabían nada, pero que tenían la sensación de conocer. Vivencias, sensaciones reales, que se pueden tocar y saborear.

Las horas no se acababan, los minutos eran infinitos, porque ambos estaban con la persona soñada. Ya no sonaría ningún despertador, porque el sueño se había hecho realidad.

## Epílogo

*Tiempo después...*

Almudena abrió los ojos lentamente, fijando su vista en la semi oscuridad que reinaba en la habitación. Unos tímidos rayos de sol se colaban por la ranura de la persiana, y daban un poco de luz a la estancia. A pesar de haberse acostado tarde, ya no tenía sueño.

Levantó un poco la cabeza y la giró. Lo que vio al otro lado la hizo sonreír. Ahí estaba Julen, profundamente dormido, agarrado a la almohada, y luciendo su espalda desnuda.

Lo cierto era que los dos iban ligeros de ropa, porque habían hecho el amor la noche anterior, y solo llevaban puesta la ropa interior.

Almudena le observó durante unos segundos, le acarició suavemente su pelo despeinado, y le dio un beso en la mejilla.

A continuación, se levantó sigilosamente de la cama para no despertarlo, se puso una camiseta y un pantalón de pijama, y salió de la habitación.

Entró en la cocina, y allí vio qué hora era en un reloj grande que había colgado en una pared: Eran las siete menos veinte. Quedaban pocos minutos para que Julen se despertara.

Preparó café, y mientras esperaba a que terminara de hacerse, fue al salón, y se puso delante del ventanal que daba a la terraza. Desde allí, las vistas de Madrid eran impresionantes.

Hacía un año que vivía con Julen en el apartamento de él. No tardaron mucho en tomar la decisión de vivir juntos, porque no querían estar lejos el uno del otro. Todo había ido a mejor en los últimos tiempos.

Ernesto y Belén habían formalizado su relación con una sencilla boda meses atrás, al igual que Jon y Carolina, que entendieron que estaban hechos el uno para el otro y que no querían pasar el resto de sus vidas con nadie más.

Los padres de Julen y sus amigos se alegraron mucho de conocer a Almudena, que conquistó a todos con su amabilidad y su simpatía; y Ernesto y Daniel estaban encantados con Julen, que se había ganado su cariño y aprecio rápidamente.

Gemma había vuelto a la vida de Almudena para quedarse, y, de hecho, esta última sería testigo de la boda de su vieja amiga con Fabián, que tendría lugar en unos meses.

Daniel y Nekane eran ya una pareja sólida e indisoluble; al igual que Xavi y Anna, que llevaban las riendas del restaurante Naroa juntos y con gran éxito.

Almudena seguía trabajando con ellos en el restaurante, y estaba encantada. Julen mantenía su puesto de editor en la editorial, y seguía buscando talentos nuevos y fortaleciendo las relaciones con sus autores.

Juntos formaban una pareja feliz y compenetrada, y vivían su día a día con plenitud y muchos momentos felices. Cuando por fin se encontraron, la tristeza se alejó para siempre de sus vidas.

Sonó el despertador, y Julen le dio un manotazo, apagándolo. Antes había notado movimiento en la cama, y un ligero beso en su mejilla. Abrió los ojos, y se estiró, intentando desperezarse.

Se incorporó, y fue directo al baño. Allí se dio una ducha caliente, que le despejó por completo. Se vistió rápidamente, con un traje oscuro y una camisa clara, y a continuación, se dirigió a la cocina. Desde el pasillo, podía oler el café recién hecho.

Llegó a la puerta, y allí estaba el amor de su vida, esa criatura con la que había soñado tanto tiempo. Almudena estaba concentrada sirviendo las tostadas, y no se dio cuenta de que Julen la

estaba mirando.

Iba todavía en pijama, porque hasta las doce no entraba a trabajar. Sin embargo, le gustaba despertarse a la misma hora que Julen, para poder desayunar juntos.

Él se apoyó en el marco de la puerta, y se deleitó observándola. El ancho pantalón de pijama y la holgada camiseta que llevaba escondían su preciosa silueta, aunque eso no importaba. Había explorado los rincones del cuerpo de Almudena mil veces, y lo haría millones de veces más.

De repente, Almudena se gira y le dedica una sonrisa.

—Buenos días.

Él sonríe y se acerca a ella.

—Buenos días.

A continuación, le da un apasionado beso en los labios. Almudena siente que sus fuerzas flaquean, y abraza a Julen para no caerse allí mismo.

Tras desayunar juntos, Julen se prepara para marcharse a la editorial. Antes de irse, le da un intenso beso a Almudena. Cada vez que rozaba sus labios, sentía que se perdía en un paraíso del que no quería regresar.

A pesar del tiempo que llevaban juntos, ambos temían que cuando abrieran los ojos, volvieran a otra realidad: Una realidad triste y solitaria.

—Vas a llegar tarde—le advierte Almudena.

Julen suspira con resignación.

—Sí, lo sé. Pero es que quiero quedarme más tiempo contigo.

Almudena sonríe.

—Yo también quiero que te quedes, pero alguno de los dos debe tener sentido común.

Julen se ríe.

—Eso está claro. Lo que pasa es que...

Almudena se pone seria, y le acaricia la mejilla.

—¿Qué ocurre?

Julen la mira.

—Que aún tengo miedo de que todo esto sea fruto de un sueño.

Almudena asiente.

—A mí también me ocurre. Pero ¿sabes una cosa?

Julen niega con la cabeza a modo de respuesta.

—Que sea un sueño o no, pienso pasar el resto de mi vida contigo.

No habían hallado una explicación para aquellos sueños, y no por falta de interés. Lo que ocurre es que hay misterios en la vida, que todavía no tenemos la capacidad de comprender. Sin embargo, Julen y Almudena sabían con certeza su finalidad: Estaban destinados.

**Fin**

**Espero que te haya gustado. Si es así, por favor, deja tu puntuación y reseña en Amazon o Goodreads. Tu opinión cuenta.**

## Nota de la autora

Debo confesar, que los sueños juegan un papel muy importante en mi obra. De ellos, surgen las historias que se acaban convirtiendo en novelas. He soñado todas mis tramas, mis personajes y sus diálogos. Aunque luego esas palabras pasan de los sueños, a acompañarme todo el día, hasta que se plasman en el papel.

**Mi vida contigo** surge de la misma forma, pero en este caso, el papel de los sueños es fundamental, porque son la línea argumental de esta historia de amor un tanto compleja.

Para las soñadoras como yo, que siempre tenemos la cabeza en las nubes, dejando volar nuestra imaginación, casi nada es raro, porque estamos acostumbradas al surrealismo y a las maravillas que la mente puede crear.

Aparte de los sueños, hay algunos elementos que coinciden con la realidad. Por ejemplo, durante mi adolescencia solía frecuentar la discoteca Kapital, que sigue estando en la zona de Atocha, Madrid. He pasado también multitud de veces por delante de la plaza de Manuel Becerra, he paseado por la calle Alcalá y alrededores, y me he quedado mirando los edificios, algunos de ellos bastante lujosos, preguntándome quién vivirá ahí arriba. Pensé que estos escenarios que conozco tan bien, podrían ser localizaciones perfectas para la trama.

Y en esta ocasión, he vuelto otra vez a hablar de escritores. En mi novela **Alguien especial**, ya puse como protagonista a una escritora frustrada, que vive un bloqueo importante. Esta vez, Jon Serra encarna el ideal de autor de éxito un poco excéntrico, que me ha hecho reír con sus ocurrencias mientras escribía y revisaba.

En cuanto a los nombres de los personajes, escogí Almudena porque es un nombre típico de Madrid, además de ser el nombre de nuestra patrona, y me parece realmente bonito. Por cierto, como curiosidad os contaré que proviene de la palabra árabe Al-mudaynah, que significa Muralla o ciudadela. Y elegí Julen para el protagonista masculino porque es un nombre vasco que me encanta, al igual que Nekane.

Llegados a este punto, seguramente, os seguíis haciendo algunas preguntas:

¿Por qué Julen y Almudena viven su historia de amor en sueños? ¿Han soñado todo el tiempo? ¿Ha sido todo real? ¿Reencarnación? ¿Hilo rojo? ¿Línea temporal paralela?

Pues prefiero que os quedéis con la que más os guste; esa es la magia de todo esto. Pensad lo que queráis, crear vuestra propia teoría si os apetece. Solo os voy a pedir un favor: que no dejéis de imaginaros a Julen y Almudena juntos y felices. Porque ese es el mejor final que pueden tener.

## Agradecimientos:

Quiero dar las gracias a **Álvaro** por su trabajo como portadista, y por comprender mis locas ideas y transformarlas en arte.

A **Chris Razo**, por ser esa compañera y amiga tan especial y cercana, a pesar de la distancia, que aguanta mis desvaríos, que lee todas mis palabras, ya sea en forma de novela, relato o post en redes sociales, y por tener siempre fe en mí.

A **Susy Hope**, compañera y amiga, otra que escucha mis penas, mis glorias, mis buenas y malas noticias, que siempre está ahí en la distancia.

A **Luna Villa**, por su ayuda, su apoyo y su cariño.

A mis corazones rebeldes, mis lectoras y lectores, que siempre están ahí. Y debo nombrar especialmente a: **María José Bravo Moñino, Mar P. Zabala, Francine JC, Mai Con Iatina, Marta Luján, Sabina Rogado, Alejandra Macol, Dori Arévalo Delgado, Joaky, Aisha (Star Sea), Nuria Relaño, Joan Bekker, Pili Moliner, Nuria Pazos, Zuriñe Piña Landaburu, Mavi Tomé, Maritza Grivaz, Lara Beli, Noelia Frutos, Gloria Cajas Llamas, Maribel P. Muñoz, Vanessa Contreras Gómez, Victoria Amez, Nerea Arujo, Victoria Alonso, Neneta Nin, Patricia (Leemos juntos), Noelia González, Laura Duque Jaenes, Silvia Muñoz, Nieves MA AL, Beatriz Hernando, y Armando Alonso.** Gracias por estar ahí, por vuestra ayuda, consejos, comentarios. En fin, por vuestras aportaciones a mi mundo literario.

Y gracias a ti **lector o lectora**, por darle una oportunidad a mi obra. Espero que no sea la última.

## Sobre la autora:

Andrea Muñoz Majarrez es una escritora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. En la actualidad, vive en España y trabaja como traductora.

Para más información consulta su página web: [www.corazonrebelde.com](http://www.corazonrebelde.com)

## Redes sociales:

**Instagram:** andieretro

**Facebook:** Corazón Rebelde

**Grupo de Facebook:** Corazones rebeldes, lectores de Andrea Muñoz Majarrez

**Twitter:** @ammautora



## Otros títulos de la autora:

[Charlotte Beverly](#) (Selecta, 2018)

[Siempre estuve esperándote](#) (2018)

[Un ramo de violetas](#) (Selecta, 2018) [Alguien especial](#) (2018)

**Bilogía Tal y como eres:**

[Dulce e irresistible \(Tal y como eres I\)](#)

[Tierno y sensible \(Tal y como eres II\)](#) (2019)

[La candidata perfecta](#) (Selecta, 2019)

[Beth](#) (2019) *Candidata al Premio Literario Amazon 2019.*

[Tan lejos, tan cerca](#) (Selecta, 2019)

[Perdedores Natos](#) (2019)